



Año 1. - Núm. 9
30 Marzo 1920

La belleza española y la gracia andaluza tienen trono en esta encantadora marquesa de la Vega de la Sagra, con cuya fotografía engalanamos hoy esta página. María del Buen Consejo de Hoces y Olaya de Macpherson—hija de la condesa Viuda de Hornachuelos—es, además, buena. La luz de sus ojos cordobeses tiene todo el dulce misterio de la ciudad de la mezquita.

Fot. Reimont.

De mi calendario

CERRAMOS el libro que ya descansa sobre nuestra mesa para redactar unas cuantas notas. Cerramos este libro que lleva por título *El encanto de envejecer*, que está editado por la Biblioteca Patria, que es algo así como una escuela de buenas costumbres, y del que es autor ese novelista fecundo, ilustre y joven que se llama Antonio de Hoyos y nos disponemos á narrar unas cuantas notas de la vida de sociedad.

¿Pero cómo no decir que el aristocrático autor de ese bello conjunto de páginas que se han de agotar rápidamente nos ha hecho pasar unas horas deliciosas saboreando la interesante acción de la novela y el lenguaje afortunado que nos ofrece el escritor? Sería imperdonable.

Por eso, lo primero que queremos hacer es decir que Antonio de Hoyos y Vinent, de matices tan varios como brillantes en su vasta producción literaria, nos ha obsequiado—ha obsequiado al público todo—con una nueva fase de su talento: con esta novela ejemplar que todo el mundo debe leer porque algo aprenderá.

Dicho esto, porque así lo opinamos, cerrado el librito, ponemos la pluma sobre las cuartillas para... Ya lo dijimos. Para decir algo de las notas de sociedad en estos últimos días.

Algo nada más; porque, por ejemplo, el viernes de Dolores, no hubo las recepciones de otros tiempos. Recordamos las de la duquesa viuda de Bailén, las de la marquesa viuda de Nájera, las de la condesa de Vilana... ¡Ay! ¡Qué tiempos aquellos que como las golondrinas de Bécquer... no volverán!

No hubo nada. Es decir, no hubo recepciones en grande; pero lo que es las casas de muchas Lolos aristocráticas y de muchas Piedades ilustres, se llenaron de flores, como testimonio fiel de los cariños que disfrutaban.

Calculad la de la condesa de Torre-Arias. Pues ¿y la de la marquesita de Belvis de las Navas? Flores, regalos, tarjetas... ¡qué se yo! Y una legión de amigos, eso sí; pero todo con ese carácter de familiaridad, de «petit comité», que ahora se imprime á toda reunión.

La duquesa de Ahumada, la de T'Serclaes, la marquesa de Aldama, la baronesa de Bicorn, la señora de Vega Inclán, la señorita de San Juan de Piedras Albas, la vizcondesa del Castillo de Genovés, la señora de Compaired, la condesa del Venadito, la de Franco, la marquesa de Alquibla... también fueron muy felicitadas.

* * *

Una primera comunión es siempre una ceremonia interesante. Hay mucho de fe, de inocencia, de candor...

Y hay mucho—todo—de religión, y esto no es poco.

Las niñas angelicales María Josefa y María Teresa Armada y Ulloa, nietas de la condesa viuda de Revillagigedo, han recibido por primera vez el pan de los ángeles.

Se vistieron de blanco, se encendió la capilla, florecieron muchas albas florecillas... Un encanto.

Y el capellán de la casa—en el oratorio de la condesa fué la ceremonia—pronunció una sentida plática.

La concurrencia fué muy distinguida. Recordamos algunos nombres que vamos á consignar:

Las marquesas de Santa Cruz de Rivadulla, Casa Valdés, Castelar y Campo Giro; condesas de Adanero, Sástago, Santa Ana de las Torres y condesas viudas de Revillagigedo y Adanero; vizcondesa de Roda; señoras y señoritas de Gil Delgado, Patiño y Fernández Durán, Argüelles, Ulloa y Fernández Durán, Sanchiz, Jordán de Urries, de la Vega Inclán, López de Ceballos y otras.

Los marqueses de Castelar, Oquendo y Casa Valdés; los condes de Adanero y Santa Ana de las Torres, y los señores de Gil Delgado, Valdés y Armada, y algunos más que no recordamos.

Después de la ceremonia los condes de Revilla-

gigedo obsequiaron á los reunidos con espléndido chocolate.

* * *

Consignaremos ahora una comida celebrada en la Embajada de Italia, diciendo que fué en honor de los jefes y oficiales del regimiento de Infantería de Saboya, de que es coronel honorario S. M. el Rey Víctor Manuel, asistiendo también el ministro de la Guerra, el jefe del Cuarto Militar de S. M. y los secretarios y agregados militares y navales de la Embajada.

Y diremos también que el ministro de Portugal ha obsequiado con un espléndido almuerzo á los señores D. Eduardo Dato y ministro de Estado, con motivo de haber sido agraciados últimamente por el



El general D. José María de Casanova, conde de la Algaida, á quien se le acaba de conceder la Gran Cruz de Beneficencia.

Gobierno portugués con la gran cruz de la Orden de la Torre y la Espada.

Además de dichos señores y de la señora de Dato y marquesa de Lema, asistieron el subsecretario de Estado y la señora de Palacios, el primer introductor de embajadores y la condesa de Velle, el ayudante de Su Majestad Sr. Gallego, el consejero de nuestra Legación en Lisboa y la vizcondesa de Gracia-Real, el consejero de la Legación de Portugal en Madrid y la señora de Vasco de Quevedo, el agregado militar de la misma, teniente coronel Pereira dos Santos y su señora; el agregado diplomático D. Carlos Fidelino Costa y su señora; el comandante Pereira Lourenço, segundo agregado militar, y su señora, y D. Carlos Range de Sampaio, cónsul general de aquella nación, y su señora.

Durante el almuerzo, que estuvo perfectamente servido, se cambiaron amistosas y expresivas frases entre portugueses y españoles.

* * *

Como una nota diplomática lleva de la mano á la otra, reseñaremos aquí, seguidamente, una agrada-

ble reunión celebrada en la Legación de Grecia, y en la que, M. y Mme. Scassi y su encantadora hija Magda, atendieron á todos con su proverbial amabilidad.

Entre otras personas, estuvieron: la condesa de Romanones, la duquesa de Santa Elena, las condesas de Paredes de Nava, Pardo Bazán y Torre de Cela; las marquesas de Rafal y de Benicarló; la señora de Núñez de Prado, Mme. De Vienne, el ministro de Guatemala y la señora de Ortega, el secretario de la Legación de Chile y la señora de Alvarez de Rivera, los ministros de Rumania, China, Suecia y Países Bajos; los embajadores conde de Paredes de Nava y Piña; el primer introductor de embajadores, conde de Velle; el ex ministro Sr. Gimeno y su señora; el conde de Esteban Collantes; las señoritas de San Millán, de Pardo y Manuel de Villena y de Quiroga y Pardo Bazán; los secretarios y agregados de las Embajadas de Francia y de Italia, y otros muchos diplomáticos extranjeros.

* * *

¡Qué interesantes las reuniones vespertinas de los sábados en el palacio de los duques de Parcent! Allí sí que se pasan las horas sin sentir. Primero, la amabilidad de los dueños de residencia tan espléndida; después, los encantos de Piedita Iturbe—la gentil marquesita de Belvis de las Navas—, que es de una cultura y de una «charme» deliciosas; luego las maravillas que atesoran aquellos salones soberanos, y para que todo sea apropiado y digno de aquel marco, una concurrencia tan varia como ilustre y un conversar como corresponde á los conversadores.

No se habla para nada de política. ¡No, por Dios! Entonces dejaría de ser amena la charla. Se habla de Arte, sí; de Arte y de Letras, de Ciencia y de estudio... Los duques son muy cultos.

El duque—amador de la pintura—maneja también los pinceles; la duquesa... ¿pero qué os voy á decir de la duquesa de Parcent cuando su amor á las Bellas Artes le ha concedido, con el respeto de todos, el dictado de Protectora? Y Piedita es un bello compendio que no sabemos bien definir. Pero sí sabemos que la admiramos y la queremos por su belleza y por su inteligencia y por su charla y por su sencillez y por todos sus encantos, en fin, que no son pocos.

De modo que se sirve el té y se charla y se conversa y se escucha á unos y otros; y allí Sorolla, y allí Blay, y allí Benedito, y allí Comba, y Beruete y Moret, y Cabello, y Capúz, y Turina, y Falla, y Lompérez, y Mélida, y Moreno Carbonero, Ortega Morejón, el marqués de Valdeiglesias, Luis y Mateo Silvela, Ricardo Orueta y... también ese joven poeta Guillermo Fernández Shaw—apellidado que nos habla bien y alto en el mundo de la Poesía—que era muy felicitado por el brillante soneto dedicado á Piedita, al pie de lindo retrato de la damita encantadora, publicado en la portada de uno de nuestros últimos números.—L.-B.

.....

Muchas veces hemos estado preocupados. Nada ha podido distraernos. Y ha llegado un chiquillo á nuestro lado, se ha sentado sobre nuestras rodillas y... nos ha hecho reír. Es el poder de la inocencia y del candor, que es el mayor poder de todos.

* * *

Juntamente con el nombre de Madre enseñadle á vuestros hijos á pronunciar el nombre de España.



La visitadora del pobre.

La condesa de Pardo Bazán—nuestro gran prestigio literario—ha publicado en La Epoca un hermoso artículo con el título arriba mencionado: «La visitadora del pobre». Es todo un poema. Y ya habréis adivinado, lectores, que la visitadora del pobre es la Reina. — Nosotros hemos leído el artículo, lo hemos admirado y hemos visto la justicia suprema que lo inspira. Porque nosotros, que admiramos en nuestra Soberana las dos bellezas que posee—la de su rostro y la de su corazón—, y que de continuo en nuestros veinte años de periodista (los hará en Mayo) hemos cantado siempre nuestras admiraciones por todo lo noble y hermoso, no podíamos dejar de entonar nuestro himno de simpatía—siempre y en infinitas ocasiones lo hemos hecho—á la labor de esta Reina, de la que alguien ha dicho «que es el ángel del necesitado, que bajó á la Tierra hecho mujer». Acogemos en estas columnas con gran contentamiento las líneas aludidas. Con gran contentamiento, repetimos. Porque son de la condesa de Pardo Bazán y van dedicadas á la Reina.

A leer en algunos diarios que se trataba de pedir para la Reina de España la gran cruz de Beneficencia, me pregunté á mí misma: siendo los Reyes árbitros de toda honorífica distinción, ¿qué significa ni vale el ofrecerles una? Y he aquí lo que supe responderme.

En otros tiempos (con la excepción de incansables viajeras como Isabel de Castilla) las Reinas permanecían, imágenes en su camarín, en la dorada penumbra de sus alcázares, ó sentadas al borde de los estanques, entre los jardines de mirto, lejos siempre de la vista de los humildes, reclusas en su misma grandeza, que las hacía inaccesibles y distantes. Desde la insigne Cristina se ha roto este aislamiento, se ha rasgado este velo, y hoy la Reina, bajando las escalinatas de mármol y dejando atrás los fastuosos edificios, se ha aproximado á la multitud. En sus manifestaciones de aparato, se presenta en los teatros, en los paseos, en el golf, en las inauguraciones; viste con incomparable gallardía el uniforme de su regimiento, y dondequiera es el imán de los ojos, porque cosa más mirable no la habrá en el mundo.

Pero no es esa toda la vida de la Reina de España. Tiene otra faz, y otros cuidados la dan que hacer más frecuentemente. A la luz no siempre viva ni alegre del sol madrileño, y por ventura cuando la lluvia encharca el piso y presta á la villa semejanzas con el grisáceo Londres, la Soberana se dedica á sus excursiones por los establecimientos benéficos, al través de los barrios monótonos y sin poesía. Excursiones incasantes—ahí están los gráficos que no me dejarán mentir—y prolongadas, sin prisa, hasta dejar bien registrados y desentrañados los asilos, hospitales y sanatorios, que tan numerosos van siendo. La Reina se informa de cómo marchan, recorre sus dependencias, sirve la comida á su pobres, conversa detenidamente con médicos, enfermeras y monjas, ríe afectuosa y reparte juguetes á los pequeños desvalidos, atiende á las mansas chochees que marmonean los viejos, consuela á los dolientes, y lleva un destello consolador á los sufrideros y á los limbos.

Hable la conciencia...

Para estimar en su justo precio esta obra, figuremos que somos nosotros quienes hemos de realizarla, y no todo el año: un mes, una semana solamente. A no tener el corazón muy adobado en bondad, confesemos sin ambages que pudieran sublevarse nuestros sentidos de civilizados con refinamiento, y hasta encogerse nuestro espíritu ante



S. M. la Reina Doña Victoria.
(Escultura de Mariano Benlliure.)

el cuadro de lacerias y desventuras, que se escriben en el rostro y en el cuerpo de los desheredados, y parecen emanar de ellos, como emana de cada sér su especial ambiente, que la delicada percepción nos hace notar de un modo sutil. Esa tarea que se impone una Reina joven, de soñada belleza, de exquisita elegancia en sus hábitos y gustos, engarzada habitualmente como joya primorosa en el marco de un palacio donde todo la rodea de artístico lujo y de grandiosa comodidad; esa aproximación continua y cariñosa á la pobreza popular, á los últimos, ¿seríamos capaces de practicarla? Algunas damas seguirán el ejemplo. ¿Lo harán todas con la dulce ingenuidad, con la cautivadora naturalidad, con la fal-

ta de pretensiones y de empaque benéfico (también lo hay) que se nota en la benigna Reina?

No soy aficionada á enfatismos ni á comparaciones rara vez certeras, pero afirmo que no veo en qué difiere la labor de la Reina de la que pudiese cumplir mujer tan altruista como doña Concepción Arenal, cuando actuase, no de escritora ni de penalista, sino de «Visitadora del pobre». En tal oficio, no sería fácil llevar ventaja á la Reina. No cabe ir más directamente «al pueblo», y al pueblo mísero y necesitado de rocío de bondad. La Reina, que por la elevación de su rango no hace visitas, se pasa la vida visitando á los infelices. No les deja, no, la ceremoniosa cartulina. Va en persona, y les alegra con su vista, con la modesta gracia de su atavío mañanero, con su clara sonrisa que, de golpe, les aproxima á su alma por el sortilegio de la ternura piadosa. ¿Y si esto no es caridad, á qué llamaremos caridad en el mundo?

Es innegable: nada le damos á la Reina—nada material, positivo—si le ofrecemos esa gran cruz, que, á mi entender, brilla ya sobre su gentil corpiño, con el centelleo misterioso de las condecoraciones é insignias que, no conferidas, se irían ellas solas á su lugar, pues sólo expresan la realidad del merecimiento, superior á las sanciones oficiales.

Para quienes no ocupen la situación de la Reina, puede una gran cruz confirmar algo, basar posiciones, revestir importancia de orden inferior. A la Visitadora no habrá necesidad de decir que la cruz, familiarmente hablando, ni le quita ni le pone; sólo representa el homenaje de nuestra efusiva simpatía y nuestro respeto altísimo. Expresará el convencimiento de que la Reina ha aceptado el deber, y ha ido mucho más allá de él, en estas horas turbias y en esta época desfavorable á la cristalización de los sentimientos puros (y, en este caso, diríamos que maternos). La piedad de la Visitadora no es cosa verbal, ni aparatosa: sino efectiva. Va hacia los míseros, como si hubiese nacido entre ellos. Recuerdo que monseñor Doutreloux, obispo de Lieja, me dijo, hablando de la caridad de algunas damas de su diócesis, que eran heroínas y lo ignoraban. De fijo es este el caso de la Reina. No atribuye valor á su diario combate.

¡La Cruz! Habría que tejérsela de rosas oscuras y diamantes, que fuesen lágrimas enjugadas. Y entonces su límpida mirada juvenil nos interrogaría: —¿Qué hice yo para tanto?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



Lo que fué la Semana Santa en la Villa y Corte



S. M. el Rey Alfonso XII en el año 1875.

Es la Semana Santa actual, completamente distinta de las Semanas Santas que pasaron. Poco á poco va quedando reducida á las prácticas religiosas en las iglesias, y llega así el ideal de algunos revolucionarios de 1868 y de muchos federales de 1873, que deseaban que el tránsito de carruajes, durante los días de jueves y de viernes Santo, no quedase interrumpido.

Finalizaba el mes de Marzo de 1875 en Madrid. Acababa de ser restaurado, en la persona de D. Alfonso XII, el Trono de Borbón desplomado en Alcolea y continuaba la guerra civil carlista en las provincias Vasco-Navarras, en Aragón, Cataluña y en el Maestrazgo.

La Restauración había quebrantado la causa del Pretendiente, tanto más cuanto que un prestigio como el de D. Ramón Cabrera había reconocido al nuevo Monarca; pero todavía los bravos y aguerridos voluntarios de D. Carlos, distaban mucho de haber sido definitivamente vencidos por los no menos bravos batallones de la Libertad y del Rey.

En el corto espacio que mediaba entre su advenimiento al Trono y los días que pasaban, el joven Soberano había estado en campaña y cual otro Felipe V, como él se había curtido también con la pólvora de las batallas.

El hijo de doña Isabel II era un bizarro soldado. ¡Bien lo demostró sobre las cumbres de Monte Esquinza, en la ermita de San Cristóbal, la imborrable madrugada del 3 de Febrero! Con sólo cuatro batallones, hizo frente, tuvo á raya y terminó por rechazar á casi la totalidad del ejército carlista en Navarra. ¡Cómo lucharían aquellos leones, que las fuerzas facciosas que atacaban emprendieron la retirada á pesar de su enorme superioridad! Allí ganó Alfonso XII la Gran Cruz laureada de San Fernando, que pocos días después, y en Logroño, le impuso sobre el pecho el veterano duque de la Victoria. Tan honorífico distintivo, era el mismo que tantas y tantas veces llevó el héroe legendario de Luchana en los campos de batalla. Y tenía entonces el Rey de España diecisiete años.

Celebrábanse las ceremonias de la Semana Santa

en la Villa y Corte. Madrid, tan alegre y bullicioso, calla y enmudece. En tanto que los templos abren á los fieles sus puertas, ciérranse los teatros, ciérranse los salones, los carruajes suspenden por cuarenta y ocho horas su circulación, y no se oyen en la coronada Villa, desde las diez de la mañana del jueves hasta las diez de la mañana del sábado, más ruido que el que producen los pasos de los transeuntes y el rumor susurrante de sus palabras.

Este cuadro de recogimiento, en el que imperaban los sermones y los Oficios, los monumentos y los acordes del órgano, era animado en calles y plazas por las clásicas mantillas, que moteadas de rojos y de blancos claveles, lucían las mujeres visitando los Sagrarios y en la Carrera de San Jerónimo.

Todas las clases de la sociedad, desde las más elevadas hasta las más humil-



D. Baldomero Espartero, duque de la Victoria.

des, rivalizan en sentimiento religioso; las mesas de petitorio en los templos vense ocupadas por distinguidas damas, y la limosna alcanza cifras respetables.

El Rey y su augusta familia, dieron el ejemplo de piedad que es proverbial en los Monarcas que llevan el privilegiado título de Católicos.

Celebrados los Oficios Divinos en la capilla del Real Palacio y en el Salón de las Columnas la ce-

remonia del Lavatorio y Comida de los Pobres, á las tres y media de la tarde del Jueves Santo salían á visitar los Sagrarios, el Soberano D. Alfonso XII y su augusta hermana la Princesa de Asturias Doña Isabel de Borbón, rodeados y seguidos de brillante comitiva.

Un sol espléndido luce en el espacio azul, que no empaña la nube más leve.

Las tropas de la guarnición están formadas en la carrera y manda la línea el Capitán general de Castilla la Nueva, D. Fernando Primo de Rivera.

Una multitud inmensa llena las calles por las que pasan las personas Reales, y en todos los balcones se agitan blancos pañuelos, que sin cesar saludan al joven Monarca y á su hermana. Las frases más cariñosas son tributadas por el pueblo.

Un escuadrón de la Guardia civil abre la marcha de la Regia comitiva. En dos hileras, á ambos lados de la carrera, siguen los lacayos, cocheros y palafreneros de las Reales Caballerizas, presididos por el Caballerizo de campo Sr. Pineda. Después, porteros y ujieres de la servidumbre interior de la Real Casa; detrás, los gentiles hombres de Cámara y grandes de España cubiertos.

En el centro, llevando á su vez á ambos lados formada en dos hileras una sección de Cadetes de Infantería, seguían las Reales personas. Vestía el Rey uniforme de Capitán general con calzón blanco y botas altas; ceñía y llevaba en el pecho la Banda y Gran Cruz laureada de San Fernando y luce el Collar de la Orden del Toisón de Oro. Viste la

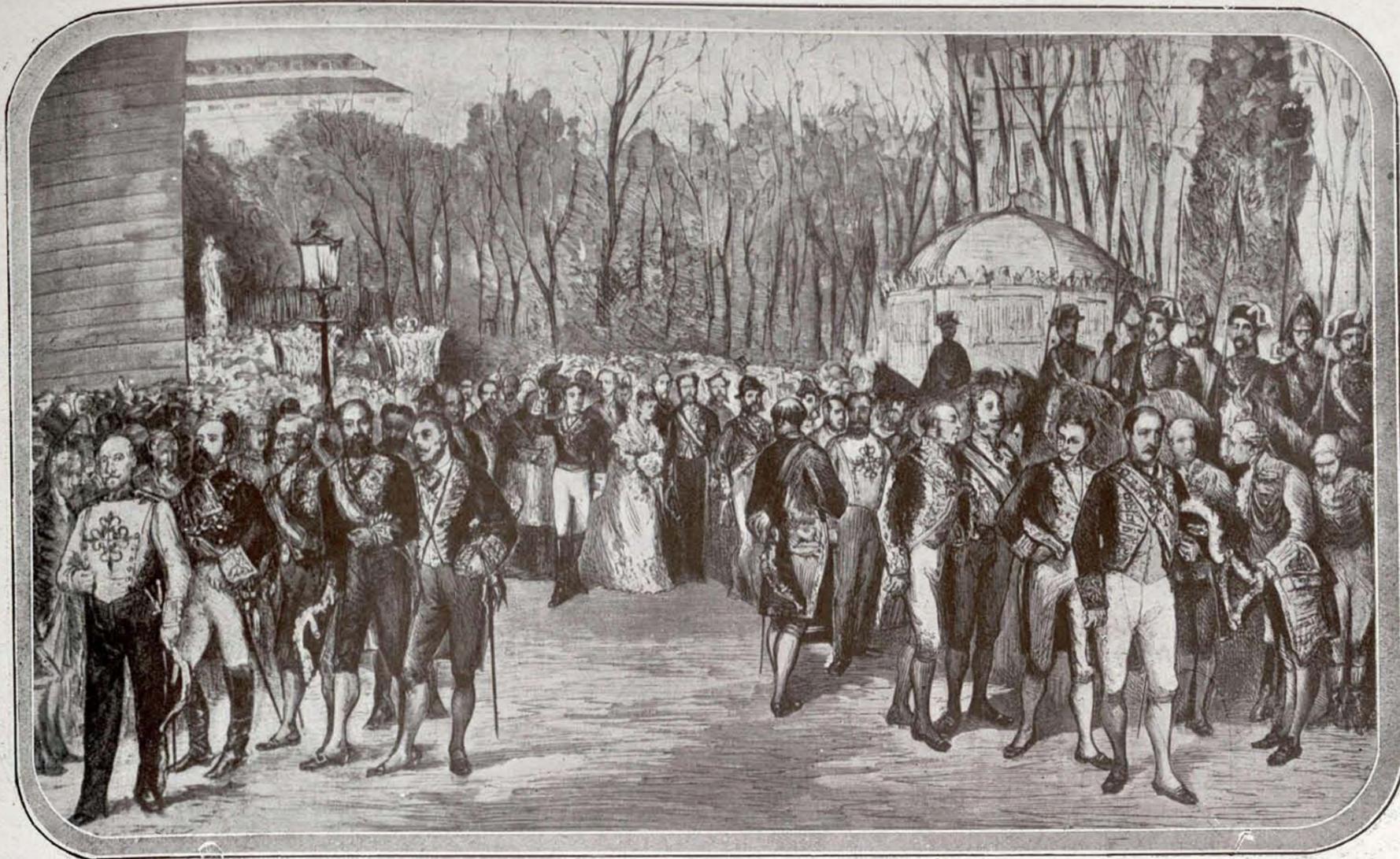
Princesa sencillo traje de seda gris perla con encajes negros, y prendida á la cabeza luce clásica mantilla blanca.

Llevan D. Alfonso y Doña Isabel, á su derecha, el procapellán mayor, Cardenal Moreno; á su izquierda, el Jefe superior de Palacio, duque de Sexto, é inmediatos, al presidente del Consejo de Ministros, Sr. Cánovas del Castillo y al Gobierno en pleno. Siguen las damas de servicio, ayudantes del Rey, mayordomos de semana y dos históricas literas.

Cierran la marcha un batallón con bandera



La Princesa de Asturias, hoy Infanta Isabel, en 1875.



Las reales personas visitando los Sagrarios en la tarde del Jueves Santo.

y música y una sección de guardias del Cuerpo militar de Orden público.

Visitan los regios hermanos siete Sagrarios, empezando su religiosa peregrinación por la iglesia de Santa María la Real y terminándola en el convento de la Encarnación, regresando de allí á Palacio á las seis de la tarde.

Al salir del templo de San Ginés, la florista que tenía su puesto de flores en aquel atrio, ofreció un precioso ramo á la Princesa, que aceptó con marcadas muestras de gratitud.

La procesión del Santo Entierro, el día de Viernes Santo, la presenciaron las augustas personas desde los balcones del Real Alcázar.

Duerme Madrid por fin las postrimeras horas de piadoso recogimiento, sueña con el Sábado de Gloria, y con él oye de nuevo los interrumpidos conciertos del maestro Monasterio, ve las gallardías de Lagartijo, contempla el gran espectáculo de «La Redoma Encantada» y recuerda no poco á la gallarda juventud que muere en los campos de batalla, defendiendo los ideales de la Libertad y de la Tradición.

LORENZO RODRÍGUEZ DE CODES.

* * *

Yo también recuerdo los tiempos aquellos—¡adiós, juventud!—en que la esplendorosa Corte española salía por las luminosas calles madrileñas en su visita á los Sagrarios. Era yo joven y guardo en mi memoria los recuerdos de aquellas épocas. Parece que estoy viendo toda la regia comitiva desfilando por la Plaza de Armas; parece que aún escucho los vítores al Rey y á la Reina; paréceme verme vistiendo mi

bordado uniforme palatino y formando parte del Cortejo, recorriendo las Sagradas Estaciones: la Iglesia del Sacramento, primero; San Justo, después; seguidamente San Isidro, aun no habilitada como Catedral; luego San Ginés, Santiago más tarde y, por último, la Encarnación, para regresar á Palacio.

lo que es eso. Vamos los hombres solos. La Reina y las damas que se queden en Palacio.

Hubo quien intentó disuadir al Rey de su decisión; pero no era posible.

Se formó el Cortejo: ujieres, lacayos, gentileshombres de casa y boca, mayordomos de semana, grandes de España... Asomó la comitiva por la Plaza de

Armas... Pero en aquel instante se encapotó el cielo y las nubes comenzaron á descargar agua de un modo espantoso. Lo estoy viendo, sí, lo estoy viendo. La Plaza de Armas era un lago; á las tropas de la Guardia les llegaba el agua más arriba del tobillo... Y así un rato, y media hora, y una hora... Llover, llover, llover... El Rey comenzó á bajar las escaleras... Pero al llegar al zaguán y viendo el aguacero que caía hubo de desistir de su propósito con verdadero sentimiento.

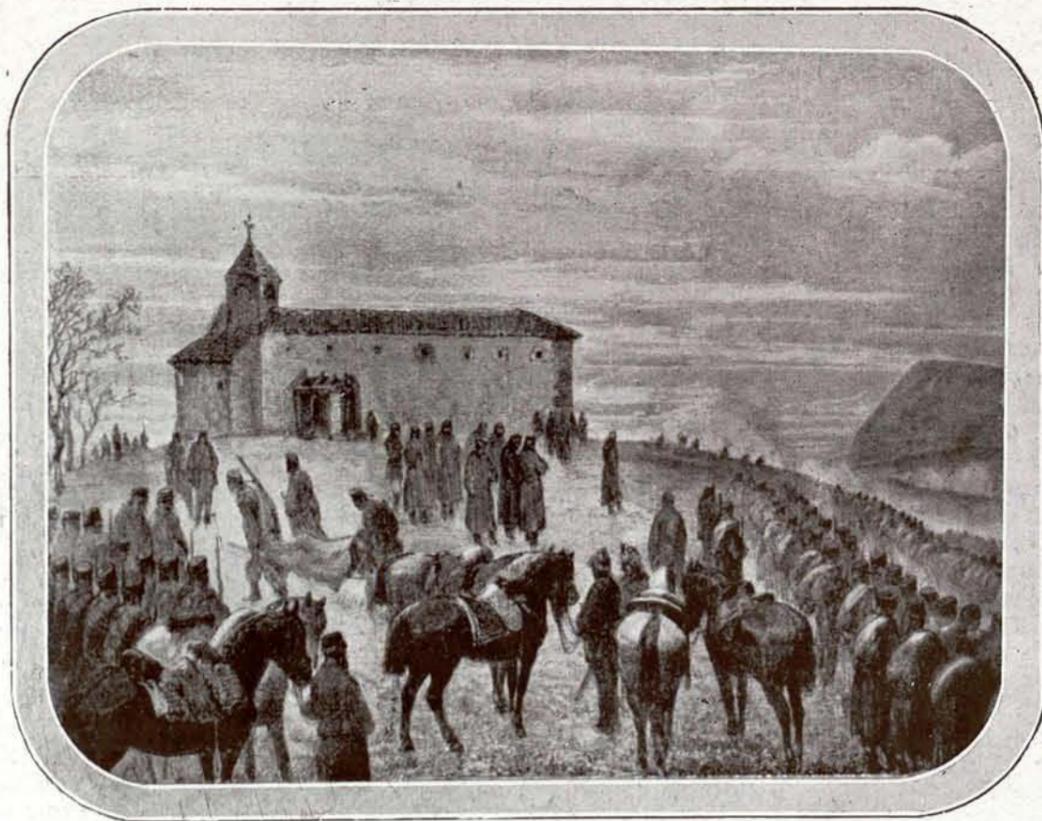
Desde entonces no ha vuelto á salir por las calles la regia visita á los Sagrarios; porque al año siguiente ya los Gobiernos tenían que tomar sus precauciones. Y hace de esto unos treinta y dos ó treinta y tres años. ¡Como que entonces venía yo á tener esa misma edad!

La Carrera de San Jerónimo era el paseo favorito; después lo fué el Prado; ahora... ¡ay! yo

no sé ahora dónde está el paseo favorito de las gentes, porque ya no voy á ningún lado. Es decir, á ningún lado, no. Voy á Palacio, á cumplir con lo que estimo mi deber, vistiendo lo mismo que entonces mi uniforme palatino.

Y lo vestiré mientras viva, ya que mi lealtad al trono, como mi fe en la Religión, son inquebrantables.

B.



Acción de San Cristóbal.

(Reproducciones de grabados de la época.)

Y recuerdo como si fuera hoy el último Jueves Santo que la Corte salió por las calles con todo su cortejo. También entonces se escribían anónimos y también entonces se amenazaba á los Reyes con atentados. Alguno llegó hasta Palacio, y alguien quiso suspender la salida de la Corte.

—No, no, de ninguna manera—dijo S. M. el Rey Don Alfonso XII—, no tengo miedo alguno, yo no sé

DOS FIESTAS DE ARTE EN LA PRINCESA Patriotismo, Caridad, Poesía

Por las víctimas de México

TERMINÓ la función celebrada en el teatro de la Princesa. Y cuando á las dos de la madrugada cruzaba yo el paseo de la Castellana, después de haber asistido á la fiesta, pensaba, mientras saboreaba un cigarrillo:

—Ha sido una bella fiesta, una gran fiesta, que ha tenido mucho de amor maternal. Méjico ha sido víctima de unos terremotos; ha habido desgracias numerosas, dolores hondos, muchas víctimas, muchas amarguras, y España, madre de la Raza, ha acudido presurosa á consolar en lo posible situaciones tan tristes. No podía ser de otra manera; España es noble, es hidalga, tiene un gran corazón, y en él no faltan latidos generosos para los hijos castigados por el Destino.

Tenía que ser así, tenía que ser así. Terremotos, llantos, penas... Y España ha acudido á mitigar lo que ella pueda.

A mi memoria acudían los nombres de las organizadoras de la fiesta. ¿No era

una fiesta en la que la madre acudía en auxilio de una de sus hijas, la nación mejicana? Pues entonces, la madre tenía que estar representada por la mujer. Y á mi memoria acudían—como he dicho—los nombres de las organizadoras: duquesas de Montellano, de Parcent, de Tovar; marquesa de Bermejillo del Rey; señora de Arredondo, esposa del ministro de Méjico en España; señoras de Pimentel, de Redó, de Scherer..., es decir, señoras que por su nacimiento ó su matrimonio—además de por los lazos de la raza que á todos nos unen—tienen afinidad con esa patria, un día bello florón de la Corona de mi cuna.

Y no es esto sólo lo más bello. Lo más bello es también que ilustres damitas españolas prestaron su concurso á la función como si fuesen—y así resultaron—admirables artistas; lo más bello ha sido también que ilustres artistas, abandonando sus diarios trabajos, han prestado su concurso valioso al festival; lo más bello es también, que María Guerrero y Fernando Mendoza, dispuestos siempre á toda ayuda generosa, han cedido su teatro con el mayor desinterés y han tomado parte en el programa; lo más bello es recordar cómo esta sociedad aristocrática ha respondido al llamamiento que se le ha hecho y ha llenado rebo santamente el teatro, pagando sus localidades á buen precio.

Que no paró en detalles económicos ya que la fiesta tenía un noble fin benéfico.

Ha sido una gran fiesta—repetía yo—. Y recordaba el programa y recordaba el aspecto del teatro y recordaba el entusiasmo del público y el acierto en la composición de los «Cuadros vivos» y el arte de la pantomima representada y las manifestaciones elocuentes de patriotismo ante las banderas de Méjico y de España, sostenidas virilmente por esa gran artista que hoy está entre nosotros y que se llama Esperanza Iris.

¡Qué lindo aspecto el de la sala del aristocrático teatro con todo el público puesto en pie—los primeros los Reyes y los Infantes—, mientras resonaban los acordes del himno mejicano y de la marcha real entrelazados, al conjuro de los colores de ambas naciones que flameaban en el escenario, todo luz!

¡Qué bellos aquellos momentos en los que Esperanza Iris ponía acentos de amor y de emoción cantando á la bandera! ¡Qué bello todo, todo, puesto que todo significaba amor, caridad y poesía!

* * *

Diez de la noche, lectores.

El teatro está lleno de gente. Refulgen joyas, nacen flores, los primores de los modistos adornan las figuras de las damas. No cabe un alfiler. Y en su palco, la Reina, rubio su pelo como el sol, rojo como un rubí su vestido, con las tonalidades del nácar su rostro. Y con ella, el Rey, vestido de almirante; y con ellos la Reina doña María Cristina. Y en el palco contiguo, la Infanta doña Isabel y la duquesa de Talavera y el Infante D. Fernando. Y en el de la alta servidumbre, las damas de guardia, duquesa de Plasencia y marquesa de Rafal, la señorita Juana Bertrán de Lis y los grandes de servicio, conde de Guendulain y marqués de Argüeso.

Nuestra vista recorre el teatro. En aquel palco... Pero no, no podemos detallar ahora, que se ha encendido la batería y el adamsado telón va á subir para comenzar el programa. Lo recordamos. Es el siguiente:

1.º Un acto de «El condado de Mairena», por la compañía de la Princesa.

2.º Romería de la pradera de San Antonio de la Florida en tiempo de Goya, representada por jóvenes de la aristocracia y compuesta por D. José Moreno Carbonero.—Seguidillas bailadas por las señoritas de Luque.—Canciones andaluzas.

3.º Bailes por la niña Inés Merry del Val.

4.º «El idilio de Pierrot y Pierrette», música de Burmeín, adaptada y dirigida por Rafael Benedito.

Personajes: Pierrette, Carolina Bermejillo; Pierrot, Juan Caro; arlequines burlescos: María A. Jiménez de Sandoval, Teresa Saavedra, Anita Icaza, Angeles Saavedra, Pío Benjumea, Enrique Pidal, Juan A. Ansaldo y Tomás Chavarrí; colombinas: Rosario Medina-Sidonia, M. Moreno Osorio, Carmen Suárez y Luz Icaza, acompañadas de Román Gurgy, Javier E. de Henestrosa, Agustín Figueroa y el conde de las Posadas; polichinelas: Carmen Icaza, Javier Barroso, y el capitán Fracassa, Fernando Urquijo.

5.º Esperanza Iris, canciones y bailes mejicanos.

6.º Himno nacional mejicano,

con acompañamiento de coros, por Esperanza Iris.—Cuarenta profesores de la orquesta de Benedito.

* * *

De los actores de la Princesa, ¿qué decir? Interpretaron el primer acto de «El condado de Mairena», y resonaron en la sala los primeros aplausos. No decimos más. Porque ello quiere decir que fueron los artistas admirables de siempre. Y tras un entreacto, que nos pareció brevísimo—¡tanto había que admirar en la sala!—, alzóse de nuevo el telón y apareció en la escena el cuadro de la romería en la pradera de San Antonio. Más de treinta figuras le componen. La decoración es bellísima; en el espacio que deja libre la arboleda apa-



Señora de Arredondo,
esposa del ministro de Méjico.



Sr. D. E. Arredondo,
ministro de Méjico en España.



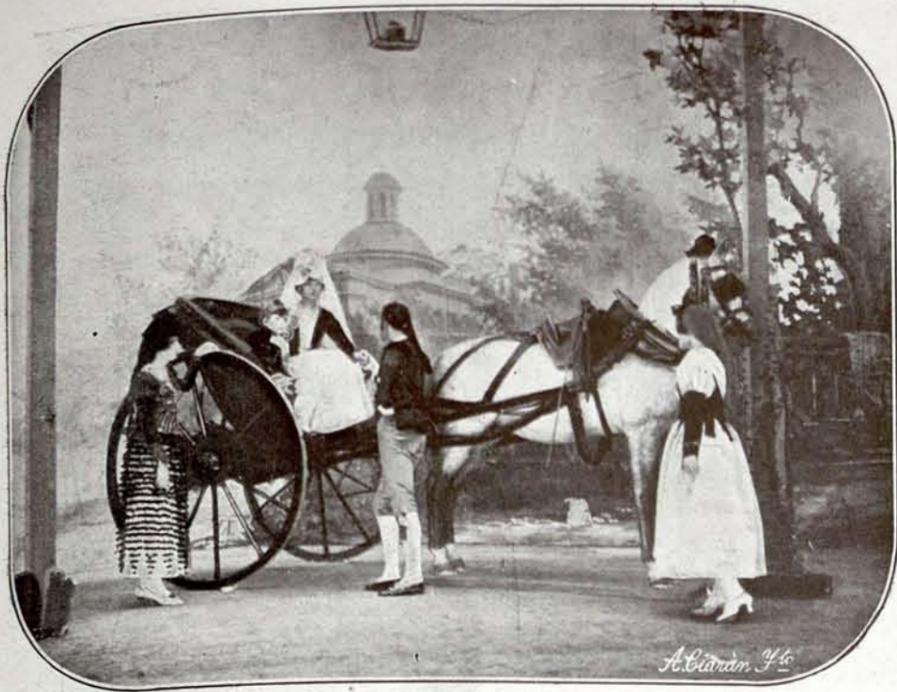
Carolina Bermejillo
en «La Muerte del Cisne».



Carmen Icaza.



Luz Icaza.



Chichina Mina, señorita de Heredia Spínola, niño de los condes de Torrubia.



Carmen Sotomayor, Srta. de Heredia Spínola, Chichina Mina, niño de los condes de Torrubia.

rece una calesa de la época, tirada por un caballo blanco; colocada sobre el alto asiento, circundada por la aureola de la mantilla de blonda blanca, que vela el ajustado corpiño de raso escarlata, aparece Cristina Falcó, hija de los marqueses de la Mina, que sienta á su derecha un lindo niño que dijérase arrancado de un lienzo goyesco.

Al pie de la calesa, y en actitud de dirigirse á la dama gentil, un Silvela, hijo del distinguido pintor de este apellido, y no lejos, Paloma Falcó, hija de los duques de Montellano, temple el fulgor de sus ojos en la penumbra de la mantilla negra y parece conducir de la mano al niño ideal de las melenas de oro pálido y de la tez de nácar, hijo de los duques de Mandas, vestido como un infante de la época de Carlos IV.

Al lado izquierdo del espectador aparece el mendero, en torno á cuya mesa se agrupan damas y galanes, y una silla de manos, de pinturas «Vernis-Martin», parece aguardar á alguna de aquellas linajudas damas; cuatro lacayos de blasonadas libreas dan guardia á la litera.

Más hacia la izquierda, la mirada del espectador se detiene ante una figura interesantísima, copia exacta de un lienzo goyesco: es María del Rosario Fernández, la «Tirana», célebre comedianta, que tiene por intérprete feliz á la señorita María de Cardona.

En grupos de pie, ó sentados en la pradera, aparecen los restantes personajes, cuyos intérpretes son las bellas señoritas Silva Heredia, Josefina y María Pimentel, Isabel, Pilar y Mercedes Martínez de Campos, Carmen Martínez de Irujo, Teresa Torres Quevedo, Isabel Carvajal y Colón, vizcondesa de los Antrines, Rosario Gayangos, Lolita Alonso Castrillo, Concha Hernández Garnica y señoritas de



Carmencita Icaza en El idilio de Pierrot y Pierrette.

Apunte de Javier Barroso.

Cárdenas y Redondo. Entre los hombres figuran Mr. Kindersley, José Luis Torres, Angel y Rafael Silvela, Antonio y Mariano Cárcer y Luis Heredia Spínola

De repente el cuadro se anima; un majo rasguea la guitarra, una divina voz femenina canta unas seguidillas, y las señoritas de Luque, lindas y gráciles, se levantan y bailan con toda la gracia de la tierra de María Santísima...

Estalla una ovación, y algo de ella corresponde al ilustre Moreno Carbonero, que tan bellamente ha compuesto el cuadro.

* * *

Tras otro brevísimo entreacto, surge en la escena una figura alada, encantadora, deliciosa: es la de Inesita Merry del Val, hija de los señores de Merry del Val (D. Domingo) y sobrina de nuestros embajadores en Londres.

Rafael Benedito, al frente de su orquesta, susurra los acordes delicados del vals núm. 7, de Chopin, é Inesita Merry, descalzos sus pies y cubriendo su figurita de *biscuit* con ligera túnica griega, danza la composición exquisita al estilo de Isidora Ducan, que no en balde fué su profesora miss Vaccari, la celebrada maestra inglesa, que hace muchos años cruzó por Madrid, deteniéndose á enseñar el prodigio de sus bailes á las más aristocráticas señoritas.

Inesita Merry del Val es un encanto. Su ritmo, su arte, su delicadeza..., todo hace que el público siga con creciente interés el movimiento aéreo de su danza, la dulzura de su mirada, la sonrisa de su boca, el temblor de sus manecitas, que parecen ir sembrando el espacio de notas armónicas y de rosas de Abril...

¡Cuántos aplausos suenan en la sala! El público se los ofrece á la niña artista—como prueba de su ad-



Otro aspecto del Cuadro Goyesco.



Livita Mina, señorita de Luque, Trina Jura Real, señorita de Luque, Carmen Sotomayor, Srta. Heredia Spínola, vizcondesa de los Antrines.

miración—y la niña, que hace á los Reyes una extraordinaria y respetuosa reverencia, lleva á sus labios sus dos manos, que luego extiende hacia la concurrencia, que continúa aplaudiendo.

Y llega la representación de la pantomima *Pierrot y Pierrette*. Ya conocéis el reparto. ¿Conocéis el idilio?

* * *

Pierrot (D. Juan Caro, hijo de los marqueses de Villamejor) aparece en la escena vestido de raso blanco con *pompones* negros, pulsando la guzla y entonando una serenata á la amada Pierrette (Carolina Bermejillo); á través de los iluminados ventanales del palacio se ve deslizarse la blanca silueta, que luego se inclina sobre la marmórea balaustrada; lleva en la mano un crisantemo que en vano Pierrot intenta hacer suyo; la bella se burla, juega con el amor, y gira en torno de Pierrot.

Sorpréndenos en estos cauces—¡tantos así en la vida!—los «arlequines burlescos», que danzan en torno suyo un delicioso *minuet* de corte versallesco; están divinas las señoritas de la Ribera, de Saavedra y de Icaza, con sus trajes blancos, sobre los que flotan largas cintas de seda tornasolada; son también muy vistosos los trajes de los arlequines, que acompañan muy bien á sus parejas.

Llegan después las «colombinas», señoritas de Medina-Sidonia, Osorio, Suárez y Luz Icaza, y toman también parte en la danza, que irrumpe el capitán Fracassa (Fernandó Urquijo), montado en un caballo de cartón, y, en fin, los «polichinelas», Carmen Icaza y Javier Barroso, «bordan» verdaderamente los papeles, y son premiados con una salva de aplausos.

Una gran salva de aplausos, de la que participa el joven maestro Rafael Benedito—que dirige la orquesta—, y que ha hecho una adaptación primorosa con el esmero con que trabaja siempre el infatigable músico español.

* * *

Y luego de un entreacto, en el que sólo se comenta el arte de los intérpretes, la figura de Esperanza Iris—para la que va asimismo nuestra mayor simpatía, por lo que quiere á España y por su corazón de artista—brilló en el escenario entre el resplandor de su sorprendente pedrería.

Es una gran artista.

Primero entona una canción española—*Mimosa*—; después unas canciones mejicanas. Y en todas ellas—lágrimas, emoción ó risas—se muestra la artista admirable á la que el público festeja á diario en el teatro de la Zarzuela.

Lo demás... ya lo hemos dicho al comenzar estas cuartillas. Himno mejicano, Marcha Real, vivas á España y Méjico, comunidad de sentimientos, afinidad



Juan Caro y Carolina Bermejillo.

de nobles latidos, todos los pechos que palpitan al unísono.

No olvidaremos la admirable pareja de baile de la compañía de Esperanza Iris, que cautivó también al público, ni los versos del poeta diplomático, que fueron escuchados con la atención que merecieron y premiados con los aplausos que eran de justicia.

Galanura, lozanía, reverenciosos, inspirados y cortesés, aquellos versos son dignos de recordarse con frecuencia.

* * *

Por la Cruz Roja

Si hace diez días se engalanó con sus mejores galas el teatro de la Princesa para una función aristocrática y caritativa á beneficio de las víctimas de los terremotos de México, hace dos ha vuelto á engalanarse de la misma manera para otra función de caridad, para esta función que vamos á describir, á beneficio de la Cruz Roja de los distritos del Hospital y del Centro.

De nuevo sonó el nombre de la Cruz Roja Española y de nuevo se llenó el teatro de la Princesa; de nuevo se pidió el concurso de la sociedad de Madrid y de nuevo fué concedido; de nuevo se requirió á los aristocráticos intérpretes del programa primero para que concediesen una segunda representa-



Otra posse de Carolina Bermejillo en el primoroso baile de «La Muerte del Cisne».

ción... y de nuevo brillaron en el palco escénico de la Princesa la elegancia, el arte y la belleza.

Y de nuevo resonaron en el elegante teatro clamorosas ovaciones y de nuevo presidieron los Reyes y los Infantes la ilustre concurrencia, y de nuevo cada palco semejó una espléndida canastilla de flores ó un estuche con las más sorprendentes joyas.

¿Se repitió el programa? Podemos decir que sí. Cuadros de Goya, «El idilio de Pierrot y Pierrette»..., podemos decir que sí. Pero justo es consignar que se avaloró con algunas innovaciones que produjeron en el público el mayor entusiasmo.

Pero vamos por partes para la mejor reseña del programa.

* * *

¡Viva Goya!

¿Por qué este grito que brota ahora de la pluma como anteanoche brotó de los labios? Porque al levantarse el rojo telón aparece ante nuestros ojos un magnífico cuadro goyesco. Moreno Carbonero—alma de esta composición artística—lo titula *La Calesa*. Y es que sobre una alta calesa, tirada por hermoso caballo blanco, asienta su hermosura Cristina Falcó, hija de los marqueses de la Mina, luciendo sobre su cabeza la alba mantilla y viendo cómo en torno suyo se agrupan otras artísticas figuras, las mismas que reseñamos en nuestra crónica anterior; con una más que hemos de consignar: Livita Mina, que se ha prestado graciosamente á aumentar el colorido de la composición con la luz de su belleza.

Resuena una ovación; el telón descende... y vuel-



Maria de los Angeles Saavedra y Belén Argüeso.

ve á subir de nuevo; pero he aquí que el «cuadro» ha variado... aunque las figuras son las mismas. Titúlase ahora «El merendero», y en el centro de la Florida aparecen dos majas, ante las que un chispero galanteador extiende su capa de escarlata para que la piñonee con sus pies el rumbo español. Dentro, la voz dulce de Blaquita Pries, entona unas seguidillas y, entonces, las dos señoritas de Luque, hollando el rojo tapiz con sus piecitos menudos, bailan con arte señoril unas clásicas seguidillas.

* * *

Un breve entreacto y el telón vuelve á levantarse.

Va á ser representada la escena del sueño de «El vergonzoso en Palacio». Y en el público se hace un silencio casi religioso.

Son los intérpretes Carmencita Icaza y Fernandito Díaz de Mendoza.

¡Cuántos recuerdos—sin que ello quiera decir que seamos viejos—nos surge esta escena! Son recuerdos de aquel «Teatro Ventura», en el hotel de la generala Serrano, duquesa de la Torre; son recuerdos de una época que, aunque no vivida por nosotros, la conocemos con detalles.

Carmencita Icaza nos sorprende con su arte natural y sencillo é ingenuo. Su voz suena á cristal. Hace una «Magdalena» encantadora, como Fernandito hace un «Don Dionis» admirable y como Belencita Morenes—hija de los marqueses de Argüeso—encarna maravillosamente la breve aparición de «Doña Juana».

A fondo, el público ha sorprendido el aplomo de esta señorita de Icaza, para la que—como á Belencita Argüeso y á Fernando Mendoza y Guerrero—van calurosas ovaciones.

* * *

Va á comenzar el bailable «Ensueños». Ya suenan los primeros acordes que deja vibrar la orquesta, bajo la batuta—experta y juvenil á un mismo tiempo—del maestro Benedito.

Este *ballet* romántico, con música de Schumann, Saint-Saëns, Cubilliers y Offenbach, interpretado por las señoritas Luz Icaza, Isabel Carvajal, Livia Falcó, Angeles Saavedra, Belén Morenes, Carmen M. de Irujo, Anita Icaza, María Antonia Ximénez de Sandoval y Milagros Moreno Osorio, con ilustraciones musicales cantadas por la señora de Eizaguirre y las señoritas de Somosancho, Calleja y Pries, es una evocación de las tan aplaudidas «Silphides» de los bailes rusos.

La escena es un vergel, cuyas flores más bellas son esas lindas jovencitas de albas faldas enguinaldadas de rosas; dijéranse arrancadas de esos frágiles y delicados grupos de porcelana antigua de Sa-



Srtas. Belén Argüeso, María de los Angeles Argüeso, Luz Icaza, Mimo Moreno y Osorio, María Antonia Ximénez de Sandoval y Anita Icaza.

jonía que hacen las delicias de los coleccionistas; con un admirable instinto del ritmo, danzan al compás de la música, y en su mímica toda hay algo más que seduce y cautiva más que el arte de las profesionales: es la ingenuidad, que las hace doblemente seductoras.

El público se ha rendido desde el primer momento y ha aplaudido con entusiasmo.

Y cuando la voz espléndida y armoniosa de esa genial intérprete de los *lieders* que se llama «Mene-ne» Somosnacho ha vibrado en la sala, su arte maravilloso ha logrado que todo el concurso, unánime, reclame la repetición del hermoso número, al que han contribuido también con el encanto de sus voces las señoritas de Calleja y de Pries.

* * *

Y tras este baile delicioso, encantador, suave, delicado... llega la nota tierna, admirable, emotiva, selecta y primorosa de «La muerte del cisne», interpretada por Carolina Bermejillo, hija de los marqueses de Bermejillo del Rey.

¡Admirable, verdaderamente admirable!

Su figura es alada, sus pasos menudos, tiembla toda ella desde sus piecitos á sus cabellos, y su arte nos llena de poesía y de emoción.

¿No recordáis á aquella maravillosa Feline Verbist, que vino á Madrid en los primeros tiempo de la guerra? Aquella maravillosa bailarina, primera intérprete de «La muerte del cisne» en el principal teatro de Bruselas, fué recordada anteanoche viendo, admirando á Carolina Bermejillo, intérprete maravillosa también de esta página de seductora y atrayente poesía.

Así lo entendió el auditorio, que brindó á la gentil señorita una clamorosa ovación.

* * *

El joven violinista Sedano, ante el que se extiende, además de su brillante presente, un hermoso porvenir, pulsó su violín con la magia de su arte.

Sedano, premiado con el premio Sarasate, es casi un niño. Sus manos han pulsado el violín «sagrado» y su corazón, como su arco y sus dedos, se han impregnado de una intensa y respetuosa poesía.

Sedano pulsó anteanoche su violín. Maravillosamente acompañado al piano por su hermana, una linda criatura, ejecutó un «Nocturno», de Chopín; la «Jota», de Sarasate, y ante los aplausos del público, que constituían ovación nutridísima y cariñosa, tocó prodigiosamente la «Rosemarin», de Kreisler.

Se hizo justicia á los altos méritos del joven violinista español.

* * *

Y fué después cuando se representó «El idilio de Pierrot y Pierrette», por los intérpretes que ya conocéis. ¿Qué deciros hoy? Pues que todos y todos los aristocráticos intérpretes—ya citados en nuestra crónica anterior—renovaron los calurosos aplausos que en justicia y con el contento mayor les fueron concedidos.

Es un gran espectáculo de arte.

LEON-BOYD

* * *

Una carta del ministro de México

LEGACIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS.- MADRID.

Marzo 15 de 1920.

Sr. D. Enrique Casal Torre-Gimeno.

Estimado amigo: En respuesta á la favorecida carta de usted, en la que se sirve pedirme mi impresión acerca del Festival de Caridad que organizaron, con tan cordial entusiasmo, distinguidas damas españolas y mexicanas á favor de las víctimas de los últimos terremotos de Veracruz y Puebla, cumpla con un grato deber y con una satisfacción de mis sentimientos personales al manifestar á usted que la Legación de México está profundamente agradecida á los organizadores, á los participantes y á los concurrentes á dicha fiesta, en la que se mostraron, de modo conmovedor é inolvidable, el altruismo y la confraternidad. La deslumbradora fiesta mostró una vez más la generosa hidalguía de España y su amor por México, que parece como más vivamente aquilatado y sentido á través del tiempo.

Tengo la plena seguridad de que, tanto el Gobierno como el pueblo de México, sabrán estimar tan bello y noble rasgo.

La gratitud de mi nación y de su representación en Madrid hacia las personas que les mostraron su simpatía en una hora de duelo general, será imperecedera, y me complazco en expresarlo así por medio de las presentes líneas.

Quedo de usted affmo. y s. s.,

E. ARREDONDO.

* * *

He aquí la hermosa composición, leída por su autor, el gran poeta mejicano Mediz Bolio, en la fiesta dedicada á las víctimas de Méjico:

La barca de Santiago

Sobre el mar, melancólico y dulce como un lago, hoy hace rumbo á México la barca de Santiago. El Apóstol guerrero, desceñida la cota, desnuda la cabeza del casco y la garzota, viste la blanca túnica del Maestro Jesús, lleva la santa frente coronada de luz, y, de pie en el esquife legendario, levanta las manos á los cielos. El mar se riza y canta; las aguas, de una gracia celestial están llenas, y es como voz de ángeles la voz de las sirenas.

«Santiago y cierra España...», dice un eco en el (viento;

pero el grito de guerra ya no suena violento como en las bravas gestas en que la Cruz caudilla iba abriendo la tierra al paso de Castilla. La voz que ahora desciende de la diáfana altura resuena estremecida de una inmensa dulzura, como aquella que un día, de la colina hebrea, bajó al mundo en la mística paz de Galilea y dijo mansamente que: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos han de ser consolados...»

La barca de Santiago cruza así por las olas en que iban y venían las naos españolas, dando al aire los anchos pendones de amatista, cargadas de oro y hierro, de gloria y de conquista.



Señoritas de Saavedra, Mina, Argüeso, Icaza, Sotomayor, Icaza, Ximénez de Sandoval, y Moreno y Osorio.

Y pone el pie el Apóstol en las tierras sagradas que todavía sienten las épicas pisadas de los héroes que, bajo un sol de maravilla, saltaron de sus naves á la salvaje orilla, ardidos de quimera, febriles de aventura, iluminada el alma por la excelsa locura del ideal que alumbró el corazón de España; y horadaron el bosque, rompieron la montaña, señorearon las cumbres y domaron los ríos, y, dejando á las olas tragarse sus navíos, con la mano en la espada se abrieron el camino y con la fe en el pecho vencieron al Destino.

Y con los ojos llenos de ternura inefable mira el Santo la tierra pródiga y admirable, en la que los egregios varones de Castilla, como en un seno virgen, sembraron su semilla, la semilla de todas las grandes y altas cosas que, en esa vida nueva, brotaron como rosas. Y, sintiendo que es tierra del Señor la que pisa, en sus labios se abre una clara sonrisa, y echa á andar. Va el Apóstol por el mismo sendero que fué hace cuatro siglos heroico derrotero de la fúlgida tropa de los conquistadores, que escalaron las cimas, doradas de fulgores, misteriosas y trágicas, tras las cuales dormía, como en los viejos cuentos de la Caballería, esperando al jinete de la invencible espada, sobre lagos de oro la Ciudad Encantada.

Las fascinantes cumbres, los horribos barrancos que, al paso resonante de los guerreros blancos, en su entraña sintieron el hondo escalofrío de un asombro de gloria, ven pasar, suave y pío, como una estrella errante en medio del estrago que hoy los hunde en escombros, al Apóstol Santiago. Llega el resplandeciente campeón de los cielos con las sagradas manos derramando consuelos sobre todo el horrible pavor que allí ha caído, y cruza en el desastre, y levanta al herido, y agua de clara fuente da á beber al sediento, y da apoyo al errante y da pan al hambriento. Así Santiago, el místico espíritu de España, hoy fué á la noble tierra que hizo suya en hazaña incomparable un día, y que, en amor de amores, suya sigue por siempre, coronada de flores y vestida de fiestas, ó ceñida de abrojos; para llorar desdichas, juntos están sus ojos; para soñar quimeras, juntas sus ilusiones; para sentir la gloria, juntos sus corazones.

España. Madre nuestra, supo un trágico día que su México amada hondo dolor sufría, y envió su alma materna y amorosa por eso para secar sus lágrimas y para darle un beso. Y fué así como un día, que dulce ejemplo ofrece, y en el claro reinado de Don Alfonso Trece, llena de amor dulcísimo para el dolor aciago, fué hasta la Nueva España la Barca de Santiago.

* * *

Ante este Rey, gran Caballero, primado augusto de la Raza, que con su sabia mano joven nuevos caminos abre y marca al Sol que vieron sus abuelos atado al hierro de sus lanzas; ante esta Reina que parece lirio de luz, lleno de gracia, prendido al cielo de Castilla, y ante vosotras, nobles damas, espejo y flor de las insignes viejas virtudes castellanas, que aquí trajisteis enlazados en vuestras manos delicadas los corazones españoles; rosas de amor y de esperanza que hoy os abris en un suspiro de suaves brisas encantadas para que vaya vuestro aroma en una tierna y dulce ráfaga á acariciar las amarguras de los que sufren en mi patria, dejad que os rinda reverente, á la cortés y antigua usanza, con el airón de mi sombrero los gavilanes de mi espada, que aunque de América ha venido, allá llevóla de España y me la dieron mis mayores porque supiera siempre honrarla; ¡y cuál mejor honra le diera que hoy ofrecerla á vuestras plantas, y así, en el nombre de mi tierra, dar homenaje á vuestras almas, que así en vosotras yo saludo al corazón de toda España!

ANTONIO MEDIZ BOLIO

Madrid, en el Teatro de la Princesa, la noche del 8 de Marzo de 1920.

A la memoria de un amigo querido

Mi queridísimo amigo Casal: Le escribí á usted pidiéndole hospitalidad en su VIDA ARISTOCRÁTICA, y usted, generosamente, me la concedió; yo sólo le pedí á usted una columna, y usted me contestó, con su conocida cortesía, que podía yo disponer de todas las columnas de su joven revista decenal.

Mil gracias, caro Leon-Boyd. Usando de su autorización, le envío unas notas amargas en forma de artículo necrológico, consagradas á la memoria de un muerto ilustre, de un perfecto caballero, de un correcto hombre de sociedad, que acaba de desaparecer de la misma.

Gracias otra vez. Ya sabe usted que le quiere y admira,

MANUEL LLORENTE VÁZQUEZ.

Una víctima más de aquellas Parcas del paganismo ha desaparecido de nuestra vida social. La muerte pagana, que pintan con alas negras y vestido negro estrellado, que va siempre volando y llegaba á los sitios más inaccesibles, ha hecho su presa en un bravo militar, caballero, pundonoroso, siempre correcto y con superior preparación intelectual.

La muerte cristiana no es muerte: es principio de una vida eterna, es el premio deseado y esperado para los buenos y la maldición y el castigo para los malos.

La muerte y la vida llenan con sus penas y sus regocijos el universo; son decretos divinos inalterables que á todos igualan.

El 18 del pasado mes fué atacado repentinamente el noble marqués de Seijas de una congestión cerebral que le privó del conocimiento, que ya no volvió á recobrar. En aquella insensibilidad absoluta empezó el sueño eterno, que presenciaba impotente su afligida familia, del mismo modo que sus desconsolados amigos.

El 20 emprendió, sin darse cuenta, su último viaje á ese mundo misterioso que piadosamente llamamos vida eterna.

La marquesa, su hija, su hermana Elena y las demás personas que las acompañaban cayeron de rodillas, y las lágrimas, ese rocío bendito que nace en el corazón y empapa las mejillas, fué el único consuelo de aquel supremo instante. Una plegaria con desgarradores sollozos completó el triste cuadro de la agonía.

Procedía del Arma de Artillería y en la Academia de Segovia había hecho y terminado sus estudios. Cuando ya tuvo personalidad oficial, desempeñó muchos puestos militares y viajó por muchos países, y, por lo mismo, era amenísima su conversación. Su trato fué llano, familiar y sincero y su hogar un sitio encantador de calma y reposo.

Hacia ya bastante tiempo que el general venía sufriendo resignado, encerrado en su elegante casa de la calle de Lagasca, y su única y dominante distracción era el juego del tresillo. En su despacho-biblioteca había una mesa y sobre ella una rica araña con seis potentes lámparas; aquella mesa, que se llamaba la de los Generales, era el campo de batalla en que se luchaba desde las cuatro y media de la tarde hasta las nueve de la noche; uno de los días de la semana se jugaba la partida de los Generales, en la que el de Artillería, Sr. Puente, y el de Caballería, Ezpeleta; el almirante y actual ministro de Marina y otros, pasaban las horas entretenidas, y en las que el general Seijas olvidaba sus amarguras, sus dolores y la secuestación forzosa en que vivía. En aquellas partidas y en los demás días de la semana, tomaban parte en el juego las marquesas de Hinojosa, Prado-Alegre, Pinares, Garcillán, Villamantilla, condesa de Vía-Manuel, señoras de Alcalá Galiano, de San Julián, Leboucher, y alrededor de la mesa estaban con frecuencia la condesa viuda de Mayorga, la de la Almunia, marquesa de Navamorcuende, condesa de Castronuevo, condesa de Giraldeley, con otras damas que no recuerdo, y los Sres. Chalú, Moltó, González-Conde, Sánchez de Toledo y marqués de Montefuerte.

El último día que jugó el general fué la víspera de su terrible y mortal ataque; se sentaban á hacerle la partida la marquesa de Pinares y la señora de



El general marqués de Seijas.

Fot. Ayola. Granada.

la casa y su hija Carmela, cuando llegó el que esto escribe, y á invitación delicada de la última, ocupó su sitio en la mesa de juego... ¿Quién había de pensar que aquella era la última página de su apasionada inclinación y que su existencia entera era el último triunfo que ponía sobre la mesa?...

El Señor le habrá recibido en su gracia con la benevolencia propia de su grandeza.

Al lado del escenario que acabo de describir está el espacioso Hall en el cual, con frecuencia, otra mesa en extremo bulliciosa formaba contraste chis-

DISTINCIÓN MEREcida



Fot. Kaulak.

Enviamos desde estas columnas nuestro saludo más afectuoso á D. Mariano Vázquez de Zafra, tan querido en la sociedad madrileña, y al que, casi juntamente con la Senaduría vitalicia, le fué otorgada la Gran Cruz de Isabel la Católica.

toso con la de la biblioteca; y en esta mesa alegre, alborozada, he jugado yo con mucha frecuencia, y en ella se sentaba también algunas veces el actual ministro de Marina, que no tenía por cierto mal naipe y solía acabar con ganancias sus sesiones. En esta mesa jugaban Carmela, Mercedes Reina, Conchita Chalú, la condesita de Saceda, María Duquesne, María Caracena...

Cerca de esta ruidosa mesa, en un salón inmediato, se estableció hace pocos días la cámara ardiente en que estaba expuesto el cadáver del general, vestido de uniforme, y en esta habitación, velando el cuerpo inerte de su padre, se encerraba y oraba fervorosamente su hija Carmela.

A las seis de la tarde, en los días dichosos de la vida, se servía diariamente el té, ilustrado con variedad de pastas y tartas y en seguida continuaba el desenfrenado tresillo...

¡Ay, Dios!... ¡Cómo ha variado todo en pocos meses!... Ahora, á las siete de la noche cruza por el Hall un ayuda de cámara correctísimamente vestido de luto. Lleva en las manos dos candeleros con sus bujías encendidas, que coloca sobre la mesa central del salón de recibo y

enfrente del estrado. Carmela trae de sus habitaciones una Purísima admirablemente tallada y todas las señoras se arrodillan y empieza el Santo Rosario, en el que yo suelo tener mi participación... ¡Qué consoladora es la fel... Cerrar los ojos; abrir el corazón, y... sentir sin razonar...

En estas diarias devociones va mezclado el recuerdo del único hijo varón, capitán de artillería que murió gloriosamente, hace cinco meses, batiéndose con los moros y cayendo al lado de la batería que mandaba... Pobre Pepe... Qué consuelo indecible sería para la bella marquesa y para la interesante y perfumada azucena, que lleva el simpático y dulce nombre de Carmela, el de tener ahora á su lado y compartiendo su dolor al brillante artillero que al marchar voluntariamente á Marruecos decía: «Me quedo sepultado en aquella tierra de infieles, ó vuelvo con la laureada.»

Sólo me resta añadir, para terminar, que el general, siéndolo ya en 1888, estaba unido en matrimonio, celebrado en Granada, con la actual marquesa viuda Sra. D.^a María del Carmen de Zafra-Vázquez y Martínez Carrasco, de nobilísima y distinguida familia granadina.

He rendido con estas líneas el último tributo de cariñosa amistad al que constantemente me hablaba de Segovia con verdadera simpatía y siempre consagró á mi ciudad nativa muchos ecos de sus primeros años de carrera que palpitaban con fuerza en su corazón y en su cerebro.

Si hay una vida espiritual posterior á esta terrenal en que vivimos, allá nos encontraremos... Esta terminación me trae á la memoria otro queridísimo amigo, que recientemente dejó este planeta para cumplir la inexorable sentencia de muerte que pesa sobre todos los seres desde el momento en que nacen...

¡Adiós, mi querido Rafael Sarthou, conde de Medina y Torres y general!... También tú te sentaste algunas veces en la mesa de los Generales!... ¡Hasta la vista, mis queridos amigos!...

El más grande consuelo para la marquesa viuda y para su hija en esta tribulación es la compenetración psicológica de sus almas. La madre y la hija han endulzado los últimos años del general Seijas; las dos han combinado las partidas de tresillo buscando el turno de los jugadores; las dos, y su hermana política Elena de Seijas, se han ocupado del marqués, sin que un solo instante hayan descuidado su generosa misión; y de tal manera lo ha estimado la alta sociedad madrileña, que si hubiera de citar los nombres de las personas que han pasado por el número 80 de la calle de Lagasca, me sería preciso, sin acudir á la hipérbole, copiar la Guía oficial.

MANUEL LLORENTE VÁZQUEZ.

No fiad nunca en el «por que sí» de las cosas. Fiad en vuestra voluntad y vuestro trabajo. Creed en Dios y amad á España.

EPISTOLOGARIO MADRILEÑO

¿Qué será, querido Enrique, que siempre que comienzo estas cartas, me gusta empezar por hablarle de bodas? ¿Es que de todos los sucesos gratos que en nuestra vida social ocurren, es este del matrimonio el que más puede interesar a los lectores—ó á las lectoras—de su revista? Acaso sea eso; yo no lo sé. Lo único que puedo asegurarle es que las noticias de bodas efectuadas ejercen para mí indudable atracción. Siempre es grato presumir de felicidad ajena y cómo no ha de serlo, aun más, adquirir la seguridad de que esa felicidad va anidando sucesivamente en almas y corazones?

¿Se acuerda usted de la duquesa de Valentinois? A fines del pasado año tuvimos el gusto de verla en Madrid, cuando vino acompañando á su augusto abuelo el Príncipe de Mónaco.

No se me olvida—la admiración que produjo su elegante figura en el Senado, el día de la inauguración del Congreso Oceanográfico. Ocupó S. A. una tribuna baja con su dama de compañía y, durante toda la sesión, si hubo muchas atenciones pendientes de los notables discursos que allí se pronunciaron, hubo también muchas miradas que no cesaron de contemplar, con muda admiración, á la gentil acompañante del Príncipe-sabio.

Es Carlota Luisa Julieta de Mónaco, hija del Príncipe heredero Luis, y nació en Constantina el año 1898. En la flor de su edad, pues, cuando aun no ha cumplido los veintidós años, ha convertido en realidad la duquesa de Valentinois la ilusión de su vida. En el salón del Trono del Palacio—para la ceremonia civil—y en la Catedral de Mónaco—para la religiosa—, ha unido su destino al del conde Pedro de Polignac, de ilustre familia francesa, hijo del conde Majencio y de su esposa doña Susana de la Torre Mier, de distinguida familia mejicana.

Dicho enlace no modificará los derechos concedidos por el acta de 16 de Mayo de 1919 acerca de su sucesión en la soberanía de Mónaco, pues por pragmáticas que arrancan del siglo XIV, dicha sucesión, á falta de herederos varones, puede recaer en las hembras, si bien las leyes de la familia reinante han exigido hasta el presente que el marido de una heredera de Mónaco, si era Grimaldi, adopte el nombre y los blasones de esta familia. Las fiestas que para solemnizar la boda se celebraron en Mónaco fueron brillantísimas, concurriendo á ellas representantes de Cortes y Gobiernos extranjeros.

De Madrid sé también de una boda, bien simpática por cierto. Fué en la iglesia del Santo Cristo de la Salud, ese precioso templo de la calle de Ayala, en donde se puede observar la devoción de muchos madrileños. Yo de mí sé decirle, amigo *Leon Boyd*, que difícilmente hallaré para mis gustos y mis creencias una iglesia más digna de ser querida y venerada que esta del Cristo de la Salud, cuya construcción—debida á la caridad de los piadosos—he presenciado meses tras meses. Ante el Cristo bendito fué consagrada la unión de la encantadora señorita de Ibagüen, hija del presidente de la Audiencia de Pamplona, con el notable abogado D. José Alejandro.

Fueron padrinos la madre de la novia y el padre del novio, figurando como testigos los duques de Luna y de Bailén, el ex presidente del Consejo don Eduardo Dato, los ministros de Hacienda y de Gracia y Justicia, Sres. conde de Bugallal y Garnica; el general Laó, los condes de Velle y de Torata, D. Manuel Gómez-Acebo, D. Pablo Garnica, D. Agustín Miguel y D. Rafael García Valdés.

Y la novia, que vestía elegante traje blanco guardado de encajes, y el novio, que no podía disimular su íntima satisfacción, recibieron las felicitaciones de la aristocrática concurrencia con la seguridad que da una próxima ventura cierta.

También puedo contarle—recordarle, mejor di-

cho—algo interesante de varias reuniones y pequeñas fiestas celebradas últimamente en Madrid y fuera de Madrid. Las Reinas doña Victoria y doña Cristina asistieron no ha mucho á un té dado en su honor por los duques de Plasencia. A la reunión, que fué agradabilísima, concurren tan sólo, con Sus Majestades, las personas de mayor intimidad de los duques, que pasaron unas horas muy agradables admirando las notables obras de arte allí congregadas, entre las que se destaca un magnífico retrato debido al pincel de Van-Dick.

Fiesta íntima, asimismo, y no menos agradable, fué la que dió la encantadora señorita de Somosancho en honor de un corto número de amigos. La señorita de Somosancho es una cantante de envidiable voz y de gusto envidiable. La señorita de Somosancho cantó varios *lieders*. Puede usted figurarse el rato delicioso que pasaron los afortunados concurrentes á la pequeña fiesta. Acompañada al piano por el Sr. Guervós, la aristocrática artista cantó bellas páginas de Schubert, de Schumann y de otros grandes compositores.

Las horas parecieron minutos, y los reunidos no tuvieron más remedio que expresar su profunda pena al advertir que habían de dar por terminada su audición. La marquesa de Somosancho hizo, con la gentil cantante, los honores de la fiesta.

Y ya que le hablo de reuniones artísticas, le diré

sa de Noblejas, la condesa de Vía-Manuel, la señora viuda de Alcalá Galiano, la condesa del Real Aprecio, la marquesa de la Puebla de Rocamora, el general y la señora de Borbón, la señorita de Quiroga, el ex ministro conde de Esteban Collantes y sus hijas, la condesa de Torre de Cela y señorita de Collantes y muchas más.

Hubo *bridge*, claro está; hubo un exquisito té y hubo la amabilidad de la señorita de Pineda y de sus hermanos los marqueses de Santa Genoveva, de la que salieron encantados todos los concurrentes.

De intento he dejado para después, con objeto de agruparlas debidamente, las reuniones diplomáticas. De las más elegantes han sido, sin duda, las celebradas en los salones de la Embajada italiana. Los barones Fasciotti, que cada día cuentan con más simpatías en la sociedad de Madrid, tuvieron el gusto de contar entre sus invitados á la señora y señoritas de Dato, condesa de Romanones, duquesas de Baena y de Santa Elena, condesa de la Viñaza, marquesas de Bendaña, Rafal, Arriluce de Ibarra, Jura-Real, San Carlos de Pedroso, Ensenada, Valdeiglesias, Villamanrique, Aguila-Real, Santa Cristina y Benicarló, señora y señorita de Pérez Caballero, señora de Núñez de Prado y condesa Sommati di Mombello.

También estuvieron los embajadores señores Pérez Caballero y Piña, el general duque de Santa Elena, el conde de Pozo-Ancho del Rey, los marqueses de Arriluce de Ibarra y de Campo-Fértil y algunos más.

En la misma Embajada de Italia hubo recientemente una comida en honor de los jefes y oficiales del regimiento de Infantería de Saboya, de que es el Rey Víctor Manuel coronel honorario.

¡Cuántas frases de íntima fraternidad hubo para los dos países! No cabe duda de que los barones Fasciotti están haciendo á su país un buen servicio.

¡Espléndida comida fué, asimismo, la de la Embajada norteamericana! El embajador y Mrs. Willard invitaron á varios de sus amigos en su magnífica residencia. Fueron los comensales el ministro de Estado y la marquesa de Lema, el embajador de Italia y la baronesa Fasciotti, la duquesa y el duque de la Unión de Cuba y su hermana, la señorita Blanca Rodríguez de Rivas; la duquesa y el duque de la Victoria, la marquesa y el marqués de Arriluce de Ibarra, la marquesa y el marqués de Mohernando, la hija de los embajadores, miss Willard; el consejero de la Embajada, Mr. Jefferson Caffery, y el diplomático Mr. Cecil.

Después acudieron algunas otras personas, entre las que figuraban la marquesa de Viana con la de Villaviciosa y condesa de Torre-Hermosa, monsieur y madame De Vienne, el vizconde de Mamblas y otros diplomáticos.

Y no va más por hoy, querido Casal. Es decir... Bueno, perdóneme usted; pero no me sé despedir sin volver á hablarle de bodas. ¡No puedo resistir á la atracción del tema! Y ello es que el joven conde de la Puebla del Maestre ha pedido la mano de la bella señorita María de la Concepción González Ochoa y Enriquez de Salamanca; y que el anunciado enlace, en Barcelona, de la señorita Mercedes Sagnier con el ingeniero y poeta D. Pablo Cavestany, se celebrará el 27 de Abril. ¡Qué felices serán ambas parejas si son todo lo felices que nosotros deseamos! ¿Verdad?

EL CABALLERO ENCANTADO

Si nos gustan los jardines es porque tienen flores.
Las flores de la vida son las mujeres.
Las flores de las mujeres son los niños.
Nada más bello que una madre.
Nada más encantador que los hijos.



El Nuncio de Su Santidad, monseñor Ragonessi, rodeado de los Camareros Secretos del Papa—marqueses de Olivart, Ugena y Santa Lucía de Cochán, monseñor Solari y Sres. Fernández-Alcalde, López de Ayala, Ocheandía y Echarri—que le obsequiaron con un almuerzo.

Fot. Marin y Ortiz.

que la señora de Pereira, esposa del cónsul de España en París, ha dado en su elegante casa una fiesta de carácter musical, á la que concurren, entre otras distinguidas damas, las marquesas de Vistabella y D'Arcangne, la princesa Zurlo, las condesas de Montreuil, de Montaigne, de Thoisy, de La Taille-Tretinville, de Lestrangle, de Montebello, de Mora y de Jiménez de Molina, la marquesa de Saint Brisson, el príncipe Lecca-Colonna, Mme. Le Ghait, Mme. Regis de Oliveira, la condesa de Sommyevre, la generala Zurlinden, Mme. De Fouquière, baronesa de Grand Maison y muchas otras.

No cabe duda de que las distinguidas familias españolas residentes en Francia están cada vez más en contacto con la aristocracia de aquel país. Díganlo si no las elegantes reuniones con que frecuentemente obsequian á sus amigos de Anglet los señores de Santos Suárez. A ellas asisten las más distinguidas personas de Anglet y Biarritz.

Ultimamente dieron los señores de Santos Suárez una comida, á la que concurren los marqueses de Gony D'Arej y de la Gándara, la princesa de Fancigny-Lucinge, Mme. de Cartassac, la condesa de Casa-Eguía y su hija, los señores de Soriano (don Fernando), el marqués del Muni y el conde de Mendeville.

Y séame permitido, para terminar este atrayente capítulo de reuniones, anotar la que se celebró en el domicilio de la señorita de Pineda, hija del marqués de Santa Genoveva. A ella acudieron la duque-

Mundo Mundillo

UNA PIANISTA NOTABLE



Carmencita Alvarez, la admirable pianista, ya está consagrada. El público de la Comedia se lo ha demostrado así con sus entusiastas aplausos, en sus últimos conciertos.

Una ilustre dama, la marquesa de Garcillán, ha compuesto en honor de la artista los versos que á continuación reproducimos. Sean ellos mensajeros de nuestra felicitación á la concertista admirable.

A CARMENCITA ALVAREZ

16 - 4 - 1918

Yo admiro á tu paso
del astro el reflejo
que el cielo ilumina
y marca de lejos
cruzando la cima
do ha de llegar...
Yo veo en tus ojos,
como en un espejo,
del arte tu historia,
y siento del mundo
el triunfo y festejos,
clarines de gloria
que te han de anunciar.
Yo aspiro el perfume
de flores vertidas
de nardos y rosas,
cadenas tejidas
por donde tus plantas
tengan que pasar.
Y por si no alcanzan
tus triunfos mi vida,
yo espero no olvides,
amiga querida,
aquella que siempre
te supo admirar!!!

2 - 3 - 1920

Te dije hace tiempo, mi niña querida,
que oía de lejos tu marcha triunfal:
no fueron halagos de mi fantasía,
y sí, hija mía, el eco real...

Que suena y se agita en mil corazones,
que todos te ofrecen aplausos y amor,
y anuncian tu nombre por otras naciones,
prestando á tu Patria un nuevo honor.

Por eso te ofrece la luz de su cielo
sus puros reflejos cual nimbo inmortal,
sus flores alfombran do pasas el suelo,
sus aves te cantan la Marcha Real.

Sus hijos su nombre, su amor y fortuna,
sus hijas te abrazan con fe y lealtad,
y yo, unida á todos, y como ninguna,
me honro teniendo tu buena amistad.

LA MARQUESA DE GARCILLÁN

En Palma de Mallorca se ha celebrado la boda de la Srta. Dolores de Villalonga y Cotoner, hija de los marqueses de Casa-Desbrull, con el capitán de tillería D. Pascual Zaforteza.

* * *

Las mercedes del Rey, siempre justas, producen siempre legítima satisfacción en quienes se honran al recibir las y en quienes quieren ó estiman á los agraciados.

Por eso es muy lógico que la sociedad barcelonesa se reuniera recientemente en los salones del Gobierno civil para significar su satisfacción por la concesión á la condesa de Salvatierra de la Gran Cruz de la Orden de Beneficencia, como merecido premio por la labor de constante caridad de la ejemplar dama.

También felicitaciones, y muy cariñosas, han recibido los marqueses de Fontalba, por haber sido elevado á ducado su marquesado de Cubas, y los condes de los Andes, por la concesión del marquesado de Mortara, con grandeza de España.

El Rey se ha dignado asimismo rehabilitar el título de conde de Torre Velarde á favor de D. Gilberto Quijano de la Colina.

Y, por si todo ello fuera poco, hemos de registrar que por el ministerio de Gracia y Justicia se han mandado expedir Reales cartas de sucesión de los siguientes títulos:

Marqués de Laula, á favor de D.^a María de Belén de Arteaga y Falguera, por cesión de su padre, el duque del Infantado.

Conde de Torrijos, á favor de D. Fernando Alcalá Galiano y Smith, por fallecimiento de su padre.

Conde de Munter, á favor de D.^a Mercedes de Sentmenat y de Sarriera, por cesión de su padre el marqués de Sentmenat.

Marqués de Revilla de la Cañada, á favor de don Enrique de Ziburu y del Collado, por fallecimiento de su madre.

Y marqués de Navamorcuende, á favor de doña María de las Mercedes Carvajal y Ossorio, por fallecimiento de su padre.

* * *

Nos dicen que la casa Sanz (hijo), Peligros, 14, ha recibido nuevas joyas.

Teniéndolas Sanz (hijo), no dudéis que serán elegantes, artísticas y de suprema exquisitez.

* * *

Las noticias de *sports* vuelven á ser innumerables. El buen tiempo que se acerca contribuye á que se organicen y se animen las fiestas deportivas al aire libre.

En la Casa de Campo han comenzado los partidos de polo y las sesiones de Tiro de Pichón. En cuanto á esta Sociedad, últimamente celebró Junta general, en la que fué reelegido presidente el conde de Maceda, que tantos servicios ha prestado en aquel cargo.

También fueron elegidos: director de tiro del interior (cargo nuevo), el duque de Pastrana; director de tiro del exterior, el duque de Valencia; tesorero, D. Antonio Garay, y vocales: D. Joaquín Santos Suárez, D. José Vallés, duque de Hornachuelos, duque de Ansola y marqués de Almenara.

En el Real Club de Puerta de Hierro la animación es también grande por mañana y tarde. Los numerosos aficionados al *Tennis* y al *golf* se entrenan para los próximos concursos.

Con la primavera vendrán las grandes fiestas deportivas, como el campeonato de *Tennis*, el gran concurso de tiro de pichón, los partidos de polo y las carreras de caballos, cuyas sesiones se ven cada vez más favorecidas por la sociedad aristocrática.

Los domingos van á Navacerrada muchos aficionados á los deportes alpinos.

Uno de los últimos domingos se celebró el campeonato de *skiss*, primero de su clase que se ha verificado en España, en el que se disputó la copa concedida por S. M. el Rey.

En Alicante se han celebrado las tiradas de pichón, en las que tomaron parte distinguidos tiradores madrileños, valencianos y sevillanos. El premio de S. M. el Rey fué ganado por el Sr. Rojas, y el de la Infanta Isabel por el Sr. Esplugas.

Del extranjero, la noticia más interesante para nosotros, es que en las carreras de caballos de Niza ha ganado el *Grand Prix* el famoso caballo *Billcock*, del conde de la Zimera. El premio era de 50.000 francos.

* * *

Visitad la confitería *La Duquesita*, Fernando VI, 2. Sus dulces y sus sortijeros de alabastro os encantarán.

Cuentan las crónicas que cierto día paseaba por España Su Majestad Doña Suerte, llevando de la mano á un niño muy rubio, poseedor de un lindo carcaj.

Doña Suerte, que es una señora muy buena, se complacía en ver la felicidad de muchos y procuraba repartir sus dones sobre otros que por aquélla suspiraban.

El niño rubio completaba, con frecuencia, la bella labor, disparando sobre jóvenes apuestos y preciosas damitas las doradas flechas de su carcaj de oro.

¿Quiénes fueron los agraciados con los ricos presentes de la felicidad y el amor? Innumerables fueron; pero nosotros sabemos de algunos, cuyos futuros enlaces han quedado concertados mediante la gallarda fórmula de la petición de mano. Así la de la bella Mariflor Chaves y Lemeriz, hija de los condes de Caudilla, ha sido pedida para el joven diplomático D. Victoriano Sáinz; la de la encantadora señorita de Heredia, hija de la condesa viuda de Benahavis, para D. Miguel Gil Delgado, hijo de los marqueses de Berna; la de la señorita María y Alba, para el abogado D. Gabriel Rodríguez, hijo del ilustre jurisconsulto D. Antonio Gabriel, y la de la preciosa señorita María Ulloa, hija menor de la condesa viuda de Adanero, para D. Juan Ramírez de Arellano, marqués de Cambill, primogénito de los condes de Villamarciel.

También se habla de la petición de mano de una encantadora señorita que ostenta dos históricos ducados y varios otros títulos, con grandeza, para un joven oficial del Ejército, hijo de una noble dama viuda, que lleva un título de condesa y pertenece también á una antigua familia de la nobleza española.

Y añaden las crónicas que Su Majestad Doña Suerte y su Alteza Don Amor, piensan seguir en España toda la vida.

Nadie podrá dudar de que les deseamos una grata estancia entre nosotros.

* * *

Camelias, claveles, lilas blancas, crisantemos... ¡Qué bellas flores tiene José Abajo, en su casa de la calle de la Montera, 40!

* * *

En la capillita del Hospital de San Juan de Dios se celebró la otra mañana una ceremonia conmovedora: una niña francesa, que dejó de ser ángel inconscientemente y que hubiese sucumbido en las tinieblas si una casualidad providencial no la hubiese llevado á esta casa de caridad, recibió las aguas bautismales y tomó luego, por vez primera, la comunión.

¿Cómo fué? Oigamos lo que nos dice una distinguida cronista:

«En el breve transcurso de quince años de existencia ha padecido la pobre criatura que nos ocupa toda clase de amarguras; pero como su alma estaba creada para el cielo, la superiora de las Hermanas de Santa Ana la habló de un Dios que desconocía; una señorita perteneciente á la congregación de la Doctrina Cristiana empezó á instruirla en nuestra hermosa religión, y cuando la niña pudo comprender el español se hizo cargo de ella el celoso capellán de la casa Sr. Estefanía, preparándola para recibir las aguas bautismales, que su alma infantil ansiaba vehementemente.»

Apadrinaron á la neófita la señora doña María Fernández Hontoria y D. Faustino Sáinz; administró el Santo Sacramento el Obispo auxiliar de Santiago, asistido por el párroco de Nuestra Señora de Covadonga. Recibió la jovencita los nombres de María Josefa Gabriela, y fué tal el fervor con que recibió el Santo Sacramento y, más tarde, el pan de los ángeles, que cuantos presenciaron ambos actos se emocionaron hondamente.

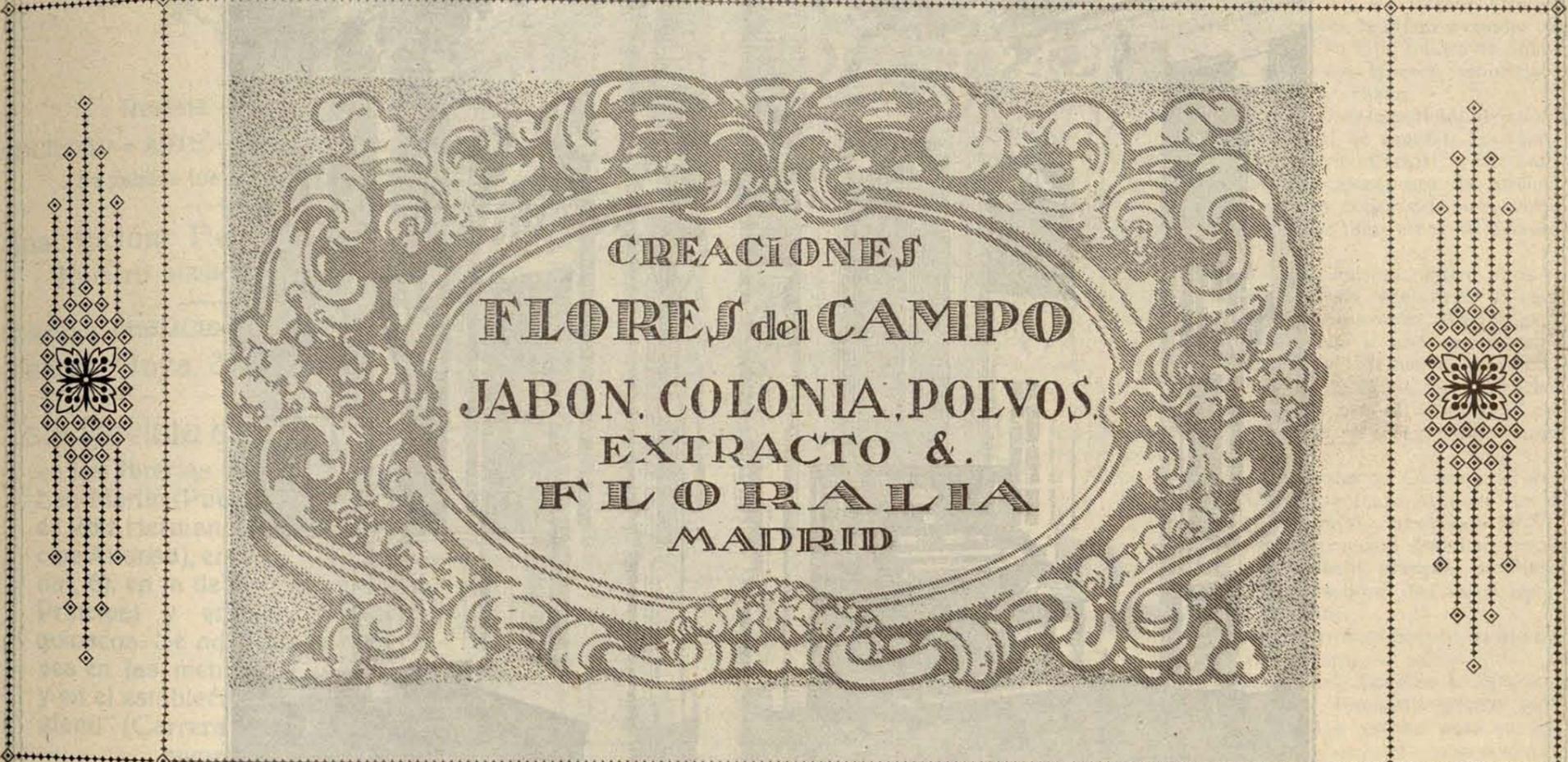
En cuanto á la impresión de María Josefa Gabriela, después de ser bautizada y de haber comulgado, está reflejada en las siguientes palabras: «¡Qué hermoso sería morir hoy!; pero, si Dios quiere, viviré para ser siempre buena.»

L A M A N T I L L A

¡Cómo se pasa la vida!
Un año, Lola querida,
que me encantó la belleza,
gitana como ella sola,
de tu busto y tu cabeza
con tu mantilla española.
¿Te acuerdas, querida Lola?
¡Cuán pronto el año se fué!
Parece que te estoy viendo
el Jueves Santo, saliendo
del templo de San José,
con ese rostro estupendo
que es de lo que no se ve.
No hay de qué.
Es justicia sin malicia

bajo el dosel de sus ondas
se vela tu hermosa frente
con la sombra transparente
de las blondas;
en esa leve neblina
brilla con luz diamantina
la mirada de tus ojos;
da entonación pura y fina
a tu faz alabastrina
y enciende tus labios rojos.
En la alta peina se prende
como un penacho de brumas,
sobre el cabello se extiende
y hasta tu cuerpo descende
como en cascada de espumas.

Si buscáis el modernismo
en el buen gusto extranjero,
debéis copiar asimismo
su admirable patriotismo
verdadero.
¿Que hoy no me puedo quejar,
pues te acabas de adornar
con la mantilla hechicera,
y has escogido las flores
en que lucen los colores
de la española bandera?
No me quejo, que es mi encanto
contemplarte de esa suerte.
Lo que lamento es no verte
así mas que en Jueves Santo.



CREACIONES
FLORES del CAMPO
JABON. COLONIA. POLVOS.
EXTRACTO &
FLORALIA
MADRID

ni asomo de diplomacia.
¿Tiene gracia?
Bueno: pues Gracia y Justicia.

* * *

Demasiado sabes, Lola,
cuando de mantilla vas,
lo retrechera que estás
con tu mantilla española.
Ya sabes que no te engaño,
chiquilla; pero hay que ver
lo ingrata que eres, mujer.
¡Pobre mantilla! ¡En un año
no te la has vuelto a poner!
¡Qué fría y qué desdenosa
te has mostrado, criatura,
con esa prenda preciosa
que se presta generosa
a realzar tu hermosura!
Ella en sus ondas redondas
encuadra tu faz riente:

Señora doña Dolores:
niégume usted, si se atreve,
los generosos favores
que le debe.
Niégume que la mantilla
logra cuanto he relatado,
y dígame si hay tocado
que haga tanta maravilla.
Pero ahora caigo, chiquilla.
¿Será acaso el niño gótico
que aspira a ser tu marido,
y adora todo lo exótico,
por ser en todo estrambótico
el que te la habrá prohibido?
¿En qué me fundo? En que yo
aborrezco a ese tipejo
porque es joven, y yo, viejo,
y te hace gracia, y yo, no.
¡Claro! Como eres su novia
a gusto de tu familia,
tendrás por él cierta filia...
Pues yo, fobia, ¡mucho fobia!

¡Una vez al año sola!
Y esto me sulfura, Lola,
al pensar que, por lo visto,
tiene que morirse Cristo
para sentirte española.

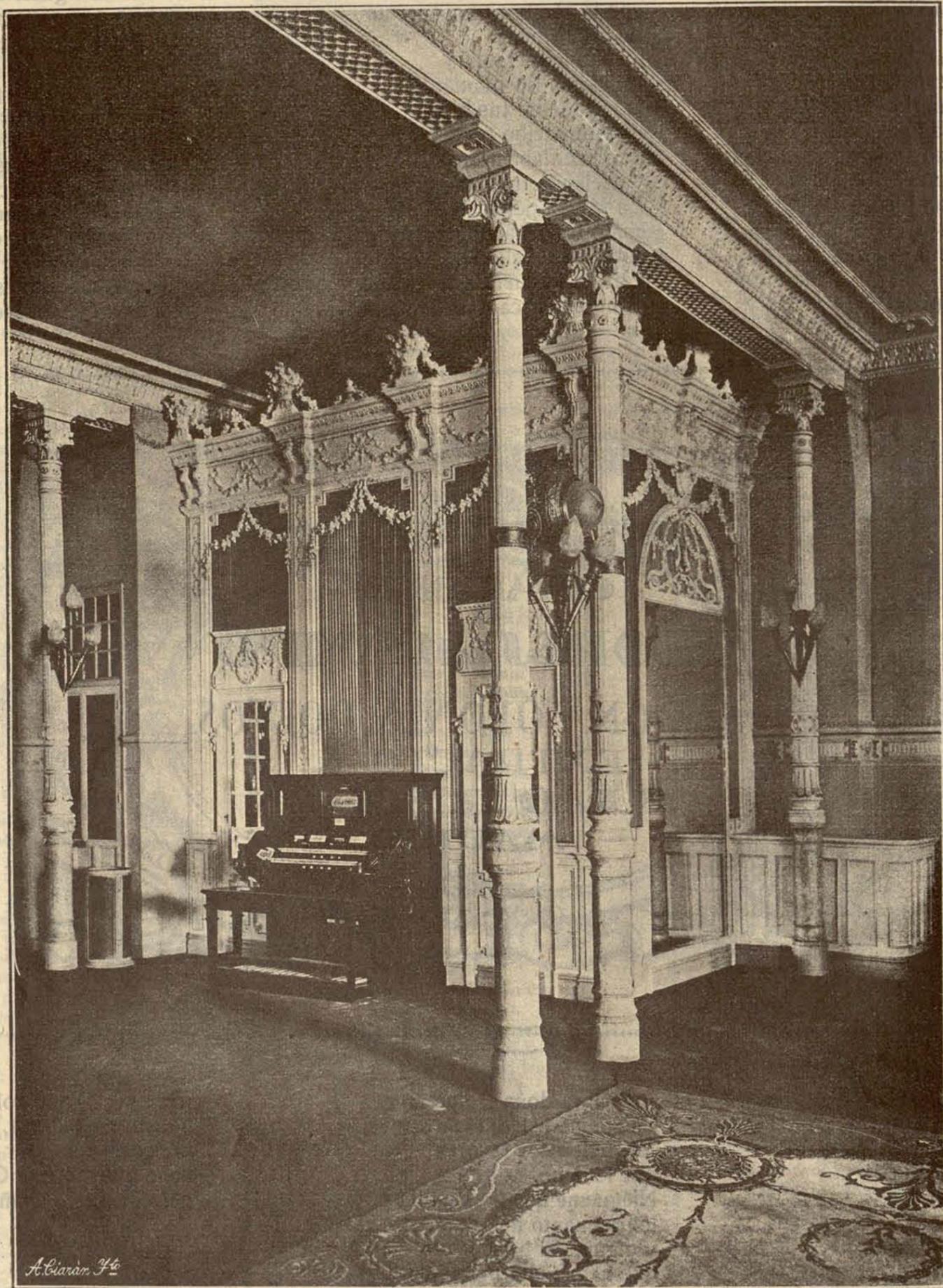
* * *

Hoy, quejarme fuera injusto,
porque estás muy a mi gusto.
Tu mantilla coquetona
tu españolismo pregona;
lo confirman los colores
de esas flores
y el percibir los olores
de FLORALIA en tu persona,
pues su jabón, su oxenthol,
su colonia... todo, todo
viene a ser del mismo modo
que tu mantilla española.

CARLOS LUIS DE CUENCA

CASA CAMPOS

CALLE DE NICOLAS
MARIA RIVERO, 11



A. Chiarini 76

Un rincón de la espléndida sala de conciertos.

VENTA EXCLUSIVA DEL INCOMPARABLE

PIANO MANUALE BALDWIN

Y DE LOS PIANOS STEINWAY Y ELLINGTON

MUY IMPORTANTE

¿Nos permiten ustedes—buenos amigos—que insistamos en nuestro ruego? Pues vamos a ver si son ustedes complacientes y dan orden de abonar nuestros recibos—harto modestos—a la primera presentación de ellos.

¡Cuánto se lo agradeceremos! Y cuánto se lo agradecerán los cobradores.

Cualquier deficiencia que noten ustedes en el reparto de **VIDA ARISTOCRÁTICA** agradeceremos mucho que se nos comunique. No tenemos sino una obsesión: la de que todo salga bien. De modo que ya lo saben: una deficiencia que noten, pues un golpecito de teléfono y... a subsanarla.

Vida Aristocrática

Revista del Hogar

SOCIEDAD • ARTE • DEPORTES • MODAS

Se publica los días 10, 20 y 30

Suscripción: Dos pesetas al mes.
Número suelto: Dos pesetas.

PARA LA PUBLICIDAD PIDANSE TARIFAS
Madrid, Goya, 3, Teléfono S. 583

Esta Revista se halla de venta

en las librerías de Fernando Fe y San Martín (Puerta del Sol), en la de Ruiz Hermanos (Plaza del Príncipe Alfonso), en la de Pueyo (Arenal, 6), en la de Beltrán (Calle del Príncipe) y en los principales quioscos. Se admiten suscripciones en las mencionadas librerías y en el establecimiento "New England" (Carrera de San Jerónimo, número 29).

A los señores fotógrafos de profesión y a los aficionados que envíen a la Redacción de **VIDA ARISTOCRÁTICA** fotografías sobre algún asunto de interés o de palpitante actualidad se les abonará CINCO PESETAS por cada prueba que publiquemos.

CASA JIMENEZ Calatrava, 9

Primera en España en

MANTONES DE MANILA

VELOS Y MANTILLAS ESPAÑOLAS

Siempre novedades.

CASA HIDALGO
CONFITERIA ARISTOCRÁTICA

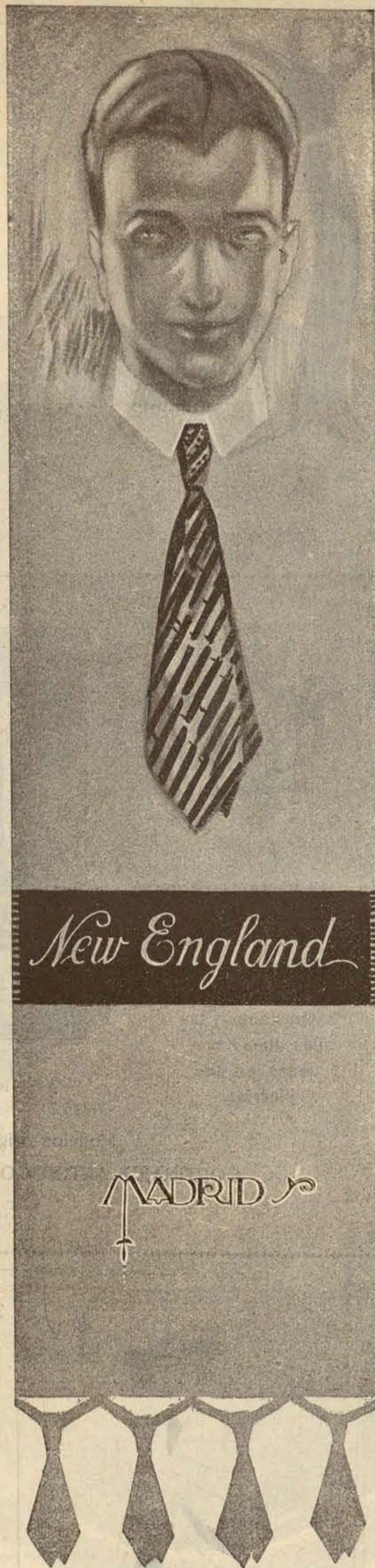
MADRID

BARQUILLO, 9 - TELEFONO No. 16-60



Reconocida por el público de buen gusto como la mejor en cajas para regalar los dulces de Bodas, Bautizos y Cruzamientos, así como por sus riquísimos bombones y exquisitos marrons glacés

SIEMPRE TIENE PRECIOSOS OBJETOS PARA REGALOS



LOS LUNES DEL RITZ

Con las fiestas de Pascua vuelve la animación a la vida de sociedad, que durante la primavera ha de ofrecer no pocos atractivos en nuestra corte. El Hotel Ritz reanudó brillantemente sus comidas de moda de los lunes y tal fué la demanda de mesas, que se llenó por completo el comedor, y hubo que colocar otras mesas en el hall.

Entre los comensales figuraban numerosos extranjeros, que vienen a España para pasar la primavera, especialmente ingleses y norteamericanos. Aún son esperados muchos más, pues en el Ritz se recibe enorme cantidad de telegramas, pidiendo habitaciones.

En una de las mesas comían los duques de Dúrcal, recién llegados de Suiza, con la condesa de Llovera, los señores de Laiglesia (don E.), los de Merry del Val, la distinguida escritora inglesa Mrs. Crayton Glyn y los marqueses del Baztán y Villaverde.

Con la condesa de Hornachuelos y sus hijos, estaban los duques de Santa Elena y el duque de Almodóvar del Valle; con los marqueses de Tenorio, los marqueses de Belmonte, condes de Creixell, condesa de Fuente Blanca, señora de Peralta, ministro de Chile y señora de Fernández Blanco, señores de Rivera, señorita de Buena Esperanza y don Enrique Casal.

En otras mesas los señores de Moreno Osorio, marqueses del Aguila, señores de Piñán y condes de Sizzo Noris; señor Bogel y su hija; señora de Scherer y su hija María, señor von Hoesch, señor doctor Laha y señores de Kocherthaler.

En una mesa, con motivo de la petición de mano de la señorita Gloria Urgoiti, se reunían las familias Urgoiti, Bas (don Federico Carlos), y Medina-veitia. En otra estaban los marqueses de Moherando; él daba interesantes noticias de su reciente viaje a Méjico. En otra, los marqueses de Triano, con sus hijos.

Asistían numerosos diplomáticos, entre ellos el nuevo ministro de Polonia, el consejero de la misma legación y la señora Tomezewska, Mrs. Magruder, que sentaba a su mesa a unas americanas muy guapas M. y Mme. de Vienne, el secretario de Servia y la señora de Ristitch, un simpático matrimonio que habla muy bien el español; el secretario de Italia Keelner y el agregado Santa Rosa, y otros muchos.

También estaban los condes de Calhariz, el duque del Arco, la señora de Icaza, duques de la Victoria señorita de Carvajal, marqueses de Villacaños, ministro de Instrucción Pública, exministro señor Prado y Palacio, marqués de Pons, marqués de Castel Bravo, señores de Cantos, señores de Nardiz y muchos más.

El baile resultó extraordinariamente animado, como pocas veces se ha visto.

La escritora inglesa Mrs. Crayton lo observaba atentamente, sin duda, tomando apuntes para alguna nueva novela, cuya escena pase en España.

AUTOMOVILES "CADIX"

10-12 HP. (Motor "Ballot")

Alumbrado y arranque eléctrico.

Agencia general: Manuel Silvela, 5. - Madrid

Hay suspiros de pasión
¡los hay también de dolor!
y crea en divina canción,
bello SUSPIRO DE AMOR...

"FLOR DE LOTO"

El perfume más intenso y delicado de las damas.
Venta: FLÉRIDA, Alcalá, 6.

Muebles de lujo. Muebles de estilo
Muebles para despachos y oficinas
Antigüedades. Linoleum

Palacio u Hotel de Ventas

Atocha, 34
Madrid



Guardamuebles
Muebles de ocasión. Entrada libre



LA VILLA DE PARIS CALLE DE ATOCHA, 67

Vestidos

Abrigos

Blusas

Esta Casa, la más importante de España, recibe de París todas las semanas nuevos modelos. *o o*

carlos gonzalez y hermano
casas en madrid (gran via 14)
sevilla. huelva. cordoba. Málaga.

decoración
cerámica
azulejos
saneamiento
hierros
artísticos



En esta Casa se exponen siempre en sus instalaciones del piso entresuelo las últimas creaciones para decoración de habitaciones y las más altas novedades en tapicerías.

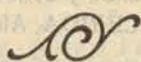


Vista parcial de una de las habitaciones de la exposición.

Modelos originales y extranjeros en
CORTINAJES ARTISTICOS, ALMOHADONES FLAFONIER, etc., etc.

Luis Vinardell

Azulejos *o* Mosaicos
Pavimentos
Cuartos de baño
Aparatos sanitarios



Exposición:
Alcalá, n.º 12. - Madrid



Alesanco

Peletería :: Novedades
Géneros de Punto
Venta y Exposición:

Carretas, 6